

gAceta cultural

Ateneo de Valladolid

Abril de 2026 • Nº 107



73 EDICIÓN DEL PREMIO DE NOVELA ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID



La vergüenza azul segunda novela de Isolda Patrón-Costas, presentada bajo el seudónimo de Adela Landoni, ha resultado ganadora de la 73 edición del Premio de Novela Ateneo ciudad de Valladolid.

El fallo se ha dado a conocer el día 10 de abril en un acto celebrado en el Ayuntamiento de la ciudad bajo la presidencia de su alcalde, Jesús Julio Carnero, acompañado de Luis María Gil-Garcedo, presidente del Ateneo de Valladolid, e Irene Carvajal, concejala de Educación y Cultura, así como del pleno del Jurado del certamen.



PROGRAMACIÓN DEL ATENEO DE VALLADOLID (Abril-Junio / 2026)

ABRIL

14, MARTES

JUAN CARLOS MARTÍN (HANSEN), LUIS JORGE MARTÍNEZ, RIAN BUTCHER, CHUS RODRÍGUEZ Y JESÚS CASTAÑÓN, *Valladolid capital del rugby; cien años de rugby en Valladolid.*

28, MARTES

JOSÉ MANUEL PÉREZ RÍOS, LUIS MARÍA GIL-CARCEDO Y FERNANDO DAVARA, CHARLA-CONCIERTO «*La Inteligencia Artificial y la música.*».

MAYO

5, MARTES

FERNANDO REY, *La Transición desde un punto de vista jurídico.*

19, MARTES

ADRIÁN MAGALDI, *Ley para la reforma política.*

JUNIO

2, MARTES

CEREMONIA DE ENTREGA DEL PREMIO DE EXCELENCIA CULTURAL DEL ATENEO DE VALLADOLID.

HORA: 19:30 h.

LUGAR: El Ateneo de Valladolid anunciará con antelación el lugar de las conferencias en su página Web

NOTA: Entrada libre hasta completar aforo. Preferencia Socios.

**SUMARIO**

• Editorial	1
Leopoldo Calvo-Sotelo Ibáñez-Martín	
• Leopoldo Calvo-Sotelo: la larga formación de un político de la transición	2
Luis María Gil-Carcedo	
• Cuatro novelas imprescindibles enlazadas por una misma circunstancia	7
Jesús Castañón Rodríguez	
• Valladolid, punto de encuentro para literatura y deporte	13
Teresita de Jesús Ávila Alonso	
• Miguel Delibes como informante cualificado. Lengua, sociedad y cambio en la narrativa del siglo XX ...	16
Juan Á. Canal	
• Literaturas	21
Victoria Guinaldo Martín	
• La identidad consumada. 50 años de castellanidad, 1975-2025	26

Rafael Vega, 'Sansón' *Viñeta*

Imagen de portada: Paisaje castellano, Rueda, Valladolid.

El Ateneo de Valladolid no se hace responsable de los trabajos ni las opiniones de sus colaboradores y no las comparte necesariamente. Para la reproducción total o parcial de cualquier tema de la revista es necesaria previa autorización de la Junta de Gobierno del Ateneo.

Consulta: [Web Ateneo de Valladolid](#), [Gaceta Cultural](#)**Edita**

ATENEODEVALLADOLID

Depósito Legal: VA-385-1995

Acera de Recoletos, 19, 1.º dcha. 47004 Valladolid

www.ateneodevalladolid.org**N.º 107 Abril-Junio 2026****Junta de Gobierno del Ateneo
de Valladolid (2025-2030)**

Presidente

Luis María Gil-Carcedo

Vicepresidenta 1.ª

Concepción Porras

Vicepresidente 2.º

Fernando Davara

DIRECTOR/A DE LA SECCIÓN:

Ciencias	Historia del Arte
Alicia Armentía	Concepción Porras
Ciencias Jurídicas	Literatura
María Aránzazu Moretón	Angélica Tanarro
Cultura	Pensamiento
Enrique Berzal	Juan Canal
Comunicación (Dir.-Com.)	Tesorería
Ana María Velasco Molpeceres	Miguel López Coronado
Historia	Secretaría
José Vidal Pelaz	Jesús Castañón

Maqueta e imprime: Gráficas Gutiérrez Martín

**HACE NOVENTA AÑOS.
1936-2026**

Han pasado noventa años, la herida vuelve a retoñar ¿se ha reabierto sola?

Mayo de 1931, quema de conventos, anticlericalismo desatado, fanáticos clerófobos incendian más de cien edificios religiosos. La del 14 de abril de 1931 es una noche difícil para Alfonso XIII: abandona palacio, sale en coche camino a Cartagena, embarca hacia Marsella. No abdica, se va.

Desde el advenimiento de la República, la década de los treinta es un desastre. Sucesos de Castilblanco (Badajoz), 1931, 31 de diciembre, sangrienta sublevación de jornaleros: 4 guardias civiles y un campesino muertos. Muerte en Arnedo (La Rioja), 1932, martes 5 de enero, la Guardia Civil dispara contra una multitud de huelguistas y sus familias, se habían reunido en la Plaza de la República para protestar contra el despido de trabajadores de una fábrica: 11 muertos, 45 heridos. Masacre de Casas Viejas (Cádiz), 1933, 10 y 12 de enero, levantamiento anarquista: 28 muertos entre los campesinos, mueren dos guardias civiles y un guardia de asalto. Revolución de octubre, 1934, terrible en Asturias, tras una huelga general socialista se desata una auténtica guerra (¿preludio?): 1.500 muertos, 20.000 detenidos. Sucesos de Aznalcóllar (Sevilla), 1935, 29 y 30 de abril, falangistas de Sevilla contra izquierdistas del pueblo: 2 muertos, 5 heridos (como secuela, asesinato de un taxista en Sevilla días después). Altercados de Yeste (Albacete), 1936, 29 de mayo, ocupación de tierras, Guardia Civil contra jornaleros: un guardia muerto a navajazos, mueren 17 trabajadores, 29 heridos graves. 1931 a 1936, pistoleros de ideología extrema, algaradas obreras y estudiantiles: número indeterminado de muertos y heridos. Entre febrero y julio de 1936: 111 muertos por pistoleros izquierdistas, 122 muertos por violentos de derechas (61 por falangistas), 84 por fuerzas de orden público. Madrid, 1936, 12 de julio, cuando se dirigía a su cuartel, próximo a la Puerta del Sol, cuatro requetés asesinan a tiros al teniente de la Guardia de Asalto José del Castillo. Madrugada del lunes 13 de julio 1936, un capitán de la Guardia Civil, guardias de asalto y miembros de las milicias socialistas sacan de su domicilio al líder monárquico José Calvo Sotelo, un sicario socialista le dispara dos tiros en la nuca.

¿Pudo evitarse la Guerra Civil?

La crítica situación de España se observa con atención desde el potente país soviético del este. Están alertados los centros del poder nacionalsocialista alemán y los fascistas italianos. Todos quieren «sacar tajada» del cataclismo que se avecina. Las democracias europeas «nadan y guardan la ropa».

1936, 17 de julio, Melilla, el general Franco subleva el potente ejército del Protectorado de Marruecos. 18 de julio, se extiende el violento e ilegal golpe de estado, tiene éxito en varias zonas de España, militares y enemigos de la República lo venían preparando desde tiempo atrás. 5 de agosto, Convoy de la Victoria, Franco traslada desde Ceuta a Algeciras 1.600 legionarios y regulares, los militares sublevados rompen el bloqueo, logran transportar a la península soldados y material militar. Comienzan tres años de guerra.

Está dividida la opinión de los historiadores. Los más creen que hoy no puede ocurrir una guerra civil entre españoles. Otros piensan que es posible, pero muy improbable. En opinión del que esto escribe, volver a un enfrentamiento militar similar al de 1936 es imposible: muy distinto contexto económico-social, paraguas protector de Europa, ejército dedicado exclusivamente a su trabajo, culturización de la población, dilución de «lo español» debido a la entrada de diez millones de inmigrantes, inexistencia de violencia política propiamente dicha a pesar del auge de los extremismos... Pero ¡jojo! las carga el diablo.

LUIS MARÍA GIL-CARCEDO
PRESIDENTE DEL ATENEODEVALLADOLID
elateneodevalladolid@gmail.com



Leopoldo y su mujer Pilar retratados por el famoso fotógrafo Juan Gyenes a principios de los años setenta.

don Pedro fueron en Galicia: Tuy, donde nacieron sus hijos José y Leopoldo (mi abuelo), La Coruña y Lugo. El padre era castellano, pero los hijos nacieron y se criaron en Galicia.

Mi propio padre, que había nacido en Madrid y vivió allí la mayor parte de su vida, se consideraba gallego. Como él mismo escribió, «me he dicho gallego siempre que convino adjetivar mi ciudadanía española y nunca he sentido incompatibles ambas filiaciones, tampoco después del Título VIII de la Constitución». Esa filiación gallega, y en especial su afición a la lengua y a la literatura de Galicia, contribuyeron sin duda a que tuviera una actitud favorable al Estado de las Autonomías.

La familia de mi abuelo paterno, el primer Leopoldo Calvo Sotelo, era conservadora, en la matriz del partido conservador de don Antonio Maura. Es sabido que el primogénito de la familia, José Calvo Sotelo, se convirtió en un símbolo para la España conservadora y su figura tuvo una importante influencia en la formación de mi padre. Por otra parte, mi abuelo Leopoldo, que era, como yo, Letrado del Consejo de Estado, murió muy joven, en 1933, con treinta y ocho años, pero tuvo tiempo de iniciar alguna actividad política. En efecto, en 1922 se afilió a un recién creado Partido Social Popular, que

constituyó lo que Óscar Alzaga llamó «la primera democracia cristiana en España» en un libro que le dedicó en 1973.

Aquel Partido Social Popular fue, en palabras de mi padre, «una disidencia del ala izquierda del maurismo». El Partido Social Popular desapareció al instaurarse la dictadura de Primo de Rivera, pero lo importante es que aquella breve militancia política de mi abuelo tuvo un signo centrista y ello no pudo por menos que influir en mi padre cuando, muchos años después, se enteró de aquel episodio de la biografía de su padre, cuyo recuerdo perduró siempre en nuestra familia.

Si la familia paterna de Leopoldo Calvo-Sotelo era conservadora, su familia materna era liberal o, como también se decía en la época, librepensadora. La madre de mi padre, Mercedes Bustelo, era hija de Ramón Bustelo, diputado liberal por Ribadeo desde principios del siglo XX y hasta la dictadura de Primo de Rivera.

¿Qué importancia tuvo esto en la formación de mi padre? Hay que tener en cuenta que Leopoldo Calvo-Sotelo pasó los años de la Guerra Civil y los primeros de la posguerra, hasta 1941, en la casa de Ribadeo de Ramón Bustelo, en compañía de su madre viuda y de sus hermanas. Los primeros años de nuestra posguerra fueron también los primeros de la Segunda Guerra Mundial y Ramón Bustelo era aliadófilo, algo muy raro en aquella España.

De este modo, cuando en 1941 Leopoldo Calvo-Sotelo volvió a Madrid, donde permanecería el resto de su vida, era aliadófilo, y a esta circunstancia excepcional pronto se añadió otra, la de ser monárquico.

¿Cuál fue el resultante de este sistema de fuerzas? Una familia paterna moderadamente conservadora, una familia materna liberal. Pues bien, yo diría que mi padre fue un conservador de talante centrista y que aceptaba plenamente el legado del liberalismo.



Leopoldo Calvo-Sotelo (tercero por la izquierda) con su familia.



Leopoldo Calvo-Sotelo con el canciller alemán Helmut Schmidt, abril de 1981.

III. Los viajes

La dimensión viajera, o, si se prefiere, la dimensión europea e internacional de mi padre fue muy importante. Fue también la que tuvo un efecto más visible en su trayectoria política. En su libro «Consolidar la democracia», Vidal Pelaz y Pablo Pérez escriben que «romper con el aislamiento secular de España (...) había sido (...) una preocupación muy personal [de Calvo-Sotelo], quien, desde sus tiempos de empresario, había viajado frecuentemente por el continente, hablaba con soltura varios idiomas, y había desempeñado el cargo de ministro para las Relaciones con las Comunidades Europeas en el segundo Gobierno Suárez».

Las convicciones europeístas de Leopoldo Calvo-Sotelo son conocidas. A ellas llegó, sin duda, de una manera racional, pero también, por decirlo orteguianamente, de una forma vital, es decir, por la vía de la experiencia biográfica. Permítanme que en este punto cite un texto mío, que se publicó en un número de la revista «Cuenta y Razón» dedicado a la memoria de mi padre, poco después de su fallecimiento en mayo de 2008:

«Desde su juventud tuvo mi padre amigos extranjeros y se encontraba bien fuera de nuestras fronteras. Siempre se preocupaba de hacernos admirar lo mucho de admirable que había en los grandes países que visitábamos: la claridad verbal de los franceses, la inteligencia irónica y cordial de los italianos, la alegría y la potencia de los alemanes... Por utilizar un término de Chesterton, mi padre fue un *philanderer of the nations*, un galanteador de las naciones, y el europeísmo que marcó su vida nació de su buen conocimiento y su afecto por los principales países de Europa».

La dimensión europea de Leopoldo Calvo-Sotelo tenía varias ramificaciones y una de ellas podría llamarse gastronómica y vitalista, un poco al estilo de Julio Camba. Más interés tiene la ramificación religiosa. En el capítulo dedicado a la religión de un libro que

concibió y coordinó mi hermano Pedro sobre la biblioteca de nuestro padre («Leopoldo Calvo-Sotelo. Un retrato intelectual»), se cuenta que, en una ocasión, Rafael Termes dijo que a Leopoldo Calvo-Sotelo le pasaba que sentía nostalgia de no ser protestante.

Mi padre le contestó: «No es eso exactamente, pero como yo he viajado mucho, sí tengo nostalgia de no haber sido un católico minoritario en un país protestante, alemán u holandés».

Se preguntará el lector por la relación de todo esto con la trayectoria política de Leopoldo Calvo-Sotelo. En primer lugar, se trata de justificar biográficamente la densidad y la fuerza de sus convicciones europeístas, lo que explica, por ejemplo, que no tuviera dudas en lo relativo a nuestra adhesión a la OTAN, cuestión sobre la que tantos otros vacilaban. Pero, además, la capacidad de asimilar admirativamente otras culturas facilita también la formación de amistades con dirigentes políticos de otros países.

Una anécdota ilustrará esta tesis. Aparece en el capítulo musical del ya citado «Leopoldo Calvo-Sotelo. Un retrato intelectual». Empieza mi padre diciendo que «eso de que yo he sido un pianista bastante aceptable es la única cosa buena que han inventado de mí los periodistas». Y cuenta que esa reputación le causó un contratiempo con el canciller alemán Helmut Schmidt, con el que tuvo «cierta relación de amistad». La historia es la siguiente:

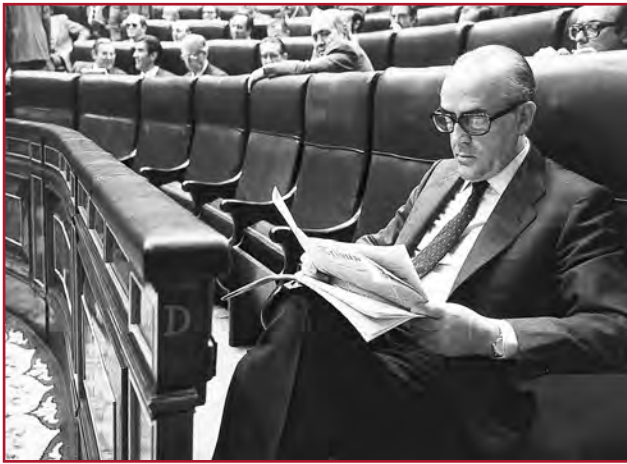
«...me invitó a Bonn, donde estaba entonces la capital política de Alemania, y fui allí con mi mujer, y al entrar en un salón grande vi con terror dos pianos. Él tocaba el piano, bastante mejor que yo. Él me dijo: «He traído la partitura de piano de un concierto de Mozart para dos pianos, te dejo a ti el piano fácil y yo me quedo con difícil». «Yo no toco el piano», dije. «Pero si lo han dicho todos los periodistas»; y le contesté: «Pero, ¿tú te crees todo lo que dicen los periodistas?».

Si traigo esta anécdota a colación es por lo que revela de una amistad entre dos políticos que va más allá de las cortesías protocolarias propias de las relaciones internacionales, y para que la biografía de mi padre le había preparado especialmente.

IV. Las lecturas

Por supuesto, las lecturas son un capítulo clásico e inevitable cuando se trata de hablar de la formación de una persona. Por suerte, en este caso contamos con todo un libro, que ya he citado, dedicado al análisis de la biblioteca de mi padre, que consta de varios miles de volúmenes, distribuidos entre Madrid y Ribadeo.

El prólogo del libro, que es de Álvaro Delgado-Gal, tiene por título «El hombre tras los libros», que bien podría utilizarse para definir lo que ahora me propongo:



Leopoldo Calvo-Sotelo leyendo el periódico en 1982 en su escaño del Congreso de los Diputados.

¿Cómo pueden las muy amplias lecturas de Leopoldo Calvo-Sotelo ayudarnos a conocerle mejor?

Deduce Álvaro Delgado-Gal que «existía en Calvo-Sotelo un afán enciclopédico, respaldado por otras tantas lecturas». Y la deducción se apoya, entre otras cosas, en la existencia en su biblioteca de varios cientos de volúmenes de la colección *Que-sais-jé?*, magnífica colección universitaria francesa de pequeños manuales y monografías. Poco antes de hacer esta deducción, Delgado-Gal se refiere a «dos orgullos, dos ufanías, que nuestro hombre se permite a sí mismo en repetidas ocasiones: conocer muy bien la obra de Ortega, y haber comprendido, también muy bien, la Teoría de la Relatividad».

Con tanto donde escoger, la selección debe ser particularmente cuidadosa. Creo que hay que elegir aquellas lecturas que más relación tengan con la trayectoria política de Leopoldo Calvo-Sotelo. El conocimiento de la Teoría de la Relatividad, unida a la afición a Ortega, ya revela un tipo de mente que rechaza esa desdichada división que quiere todos seamos «de ciencias» o «de letras», tan extendida entre nosotros, y que, de entrada, pretende que uno renuncie a la mitad del saber. El conocimiento de las matemáticas y de la física teórica nos llevan a una persona exigente en cuanto a la solvencia y el rigor de los razonamientos que se utilicen, en la política o fuera de ella. En este sentido, su lealtad a la razón era más fuerte que su compromiso con una opción política.

Pero si lo que buscamos es explicar la orientación de una determinada acción política, lo que más nos ayuda es la obra de Ortega y Gasset, y también, como luego veremos, la de los miembros de la Generación del Noventa y Ocho. Ya hemos hablado antes de la influencia que, con carácter general, tuvo sobre mi padre la obra de Ortega. Digamos ahora algo más específico.

Si hubiera que elegir la frase más influyente del siglo XX español, yo no tendría duda. La pronunció un todavía muy joven Ortega en 1910, hablando de Joaquín Costa: «Regeneración es el deseo, europeización

es el medio para satisfacerlo. Verdaderamente se vio desde un principio que España era el problema y Europa la solución». Para varias generaciones de españoles, y desde luego para la de mi padre, Europa se convirtió en el «super-yo» de España, es decir, en términos freudianos, el ente político y moral que resumía nuestras más altas aspiraciones, servía para guiar nuestra conducta y para controlar nuestros peores impulsos. El proyecto regeneracionista no pudo darse por cumplido hasta la adhesión de España a las Comunidades Europeas, hace ahora 40 años, y a la que tanto contribuyó mi padre.

Pero el proyecto regeneracionista no fue sólo de Ortega. Lo había sido ya con anterioridad de la Generación del Noventa y Ocho. Leopoldo Calvo-Sotelo empezó a leer a Unamuno antes que a Ortega, y derivó de Unamuno una doble influencia muy importante: el amor a la España de los pueblos y los paisajes y la perpetua inquietud religiosa. Sus lecturas dan testimonio de ello.

Mi padre compró en 1955 el «Catolicismo día tras día» de José Luis Aranguren, lo leyó y lo subrayó. Dice Aranguren, y mi padre subraya, que conoce a varios hombres «que han sido traídos a la fe por un empujón [de Unamuno]». Justo antes ha escrito Aranguren, y en la frase reconozco yo a mi padre, que «para remover la conciencia religiosa no hay ningún escritor español que posea la eficacia de Unamuno».



Leopoldo Calvo-Sotelo, un europeísta en la Transición.





El presidente más desconocido y discreto de la democracia.



Junto a Margaret Thatcher y Ronald Reagan (Bonn, 1982).

Ha dicho Miguel Herrero que la Transición política española vino preparada por la transición religiosa (el Concilio Vaticano II), la transición económica (el desarrollismo) y la transición jurídica (las grandes leyes administrativas de finales de los años 50). Mi padre vivió la transición económica desde su importante experiencia empresarial, y vivió profundamente la transición religiosa, empezando antes del Concilio Vaticano II con, entre otras, la lectura de Aranguren.

Me queda hablar de la Generación del Noventa y Ocho desde el punto de vista estrictamente regeneracionista. Mi padre fue muy lector de Antonio Machado, de Unamuno y de Azorín. Aquí voy a utilizar sobre todo citas de un libro Pedro Laín Entralgo («La Generación del Noventa y Ocho»), que mi padre compró en 1948, con veintidós años, y que subrayó profusamente.

Trazando el denominador común de los miembros de la Generación del Noventa y Ocho, escribe Laín y mi padre subraya: «todos sueñan con una época de la historia de España, en la cual ésta sería a la vez fiel a sí misma y a la altura de nuestro tiempo». Más adelante, Laín recoge una cita de Azorín de 1913, y, una vez más, mi padre subraya: «La alborada de una nueva vida floreciente y renaciente, el deseo formidable e íntimo de ser mejores no es todavía sino un rudimento en los pechos de unos pocos españoles».

Aprovechando la estructura conceptual de Miguel Herrero, se diría que hubo también en España una transición literaria en la que Ortega y los autores de la Generación del Noventa y Ocho conquistaron la atención de miles de lectores jóvenes, empezando, quizá, a principios de la década de los 50.

Esa «transición literaria» preparó, al menos con la misma eficacia que las otras tres, la Transición política. En

este sentido, acertó Laín Entralgo cuando escribió en la conclusión de su libro (y también esto lo subraya Leopoldo Calvo-Sotelo), proyectando al futuro el legado de la Generación del Noventa y Ocho:

«Más tarde vendrán y vendremos otros. Cada uno interpretará a su modo los mitos recién creados. Sobre el alma de todos, sépanlo o no lo sepan, gravitará el peso, dulce y desazonante a la vez, del ensueño que inventó en el filo de los siglos XIX y XX una parva gavilla de españoles egregios».

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Consolidar la democracia. El Gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo (1981-1982), José-Vidal Pelaz López y Pablo Pérez López, Marcial Pons Ediciones de Historia, Madrid, 2025.

Leopoldo Calvo-Sotelo. Un retrato intelectual, Pedro Calvo-Sotelo Ibáñez-Martín, ed., Marcial Pons Ediciones de Historia, Madrid 2010.

La generación del noventa y ocho, Pedro Laín Entralgo, Espasa-Calpe, Colección Austral, Buenos Aires, 1947.



Jurando su cargo como presidente del gobierno de España.

CUATRO NOVELAS IMPRESCINDIBLES ENLAZADAS POR UNA MISMA CIRCUNSTANCIA

Luis María Gil-Carcedo

Catedrático de la UVa. Presidente del Ateneo de Valladolid

En la historia de la literatura son frecuentes las novelas en que los protagonistas son amor, esperanza, desgracia y muerte. A cuatro fundamentales dedicamos este breve ensayo. Las seleccioné por su trascendencia cultural a través del tiempo. También por el impacto emocional que supuso su lectura y relectura en la sensibilidad del que esto escribe.

Resultó complicado escoger las obras a comentar ¡hay tantas y tan notables! Procuré que tanto el entorno en que se desarrollan como la personalidad de sus protagonistas, tuvieran la garra suficiente para incitar a aficionados a la lectura a disfrutar de sus páginas. Es más que probable que los que sigan este artículo ya conozcan estas novelas, pero coincidirán conmigo en que la relectura proporciona satisfacciones al espíritu.

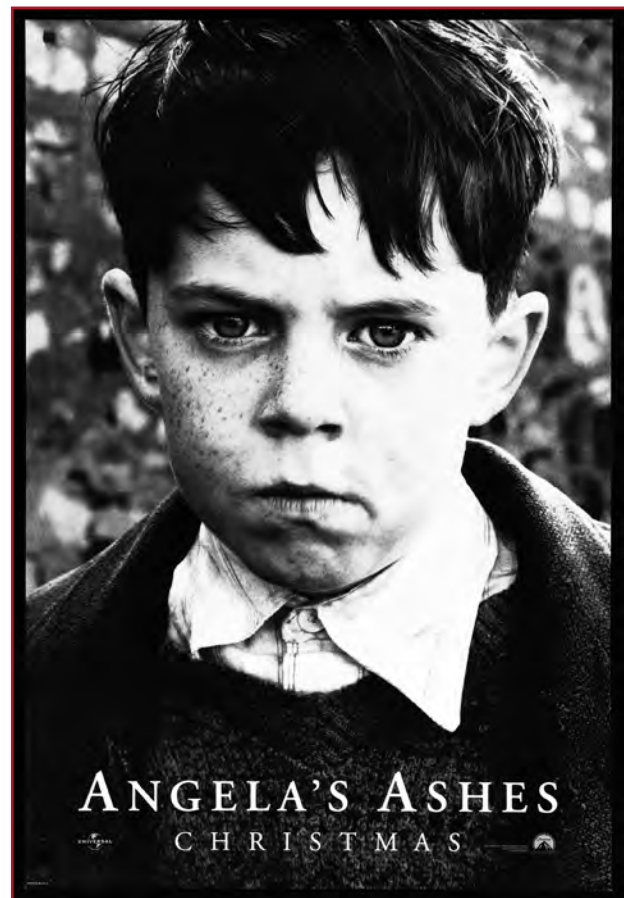
Frank McCourt publica en 1996 *Las Cenizas de Ángela*, gana el premio Pulitzer. El éxito de este relato autobiográfico, que narra la infancia y primera juventud de Frank, fue, y sigue siendo, impresionante. La novela se publica en todos los idiomas de importancia literaria. Las ediciones y reediciones en Europa y América son innumerables. El ejemplar que manejo es la 29.^a edición de la editorial MAEVA, 2002, ISBN 84-86478-95-2.

El autor cuenta su niñez en la empobrecida Irlanda. La tuberculosis diezma a la población. Nos dice al principio de la novela: *«tuve una infancia desgraciada, se entiende: las infancias felices no merecen que les prestemos atención»*. No piensen que van a leer una historia tristonja; su mayor mérito es convertir una infancia y adolescencia terribles en un relato positivo, optimista, lleno de rasgos de humor.

Ángela, la madre, enferma de tuberculosis, es internada en un hospital. Frank y sus hermanos tienen que mudarse a casa de la tía Aggie, hermana de la madre y benefactora de la familia McCourt. Cuando esta señora dice a los cuatro hermanos que cojan «toda» su ropa para el traslado, Frank suelta: *«Tengo miedo de que me grite cuando le digo que ya está, que ya tenemos toda nuestra ropa, que la llevamos puesta»*.

Un pasaje breve, dramático, narrado con sencillez y habilidad pasmosas, es el que cuenta la primera relación sexual de Frank siendo adolescente. Va a cumplir quince años, es un novato repartidor de telegramas. Lleva uno para la familia Carmody: tienen un buen pasar, *siempre dan un chelín de propina al mensajero*. Por lo general abre la puerta de la residencia Theresa, la hermosa hija de la casa.

Soy el más novato ¿por qué los chicos de la oficina dejan que sea yo el que entregue el telegrama? Theresa es una preciosa jovencita, pero está tísica. Se explaya



Versión cinematográfica de «Las cenizas de Ángela» (1999), dirigida por Alan Parker. Imagen del niño protagonista.

Cada interno del sanatorio tiene su historia, la señorita del 37, la del 40, el del 103, el del 52 luego trasladado al 11, el del 14, el del 73... También la tienen los recuerdos del narrador en su época de colegial, su añoranza del abuelo, la remembranza del ciervo del jardín, la tristeza del padre al enviudar, el entierro...

Pabellón es sobre todo una historia de amor, de amores. También de las vivencias de un apuesto, alto y enfermo joven del norte que dice sus acontecimientos, sus cuentos de pescadores, la carta de un alférez de navío que manda sus noticias desde la fragata *Delfín* anclada frente a *Port of Spain*,...

El materialismo, el apego a lo práctico, se hace patente cuando se cuenta la situación del paciente de la habitación 2. A pesar de su alarmante mala salud, desde el sanatorio sigue manejando negocios, asuntos, cuestiones familiares; con ello se remarca el aferramiento a la vida, a lo cotidiano, a lo banal,... aun cuando la existencia pende de un hilo.

Esta obra de Cela es trascendental para conocer su trayectoria literaria. Con su prosa se sigue la trama a empujones, a fragmentos que, unidos, nos trasladan a una atmósfera crepuscular y, aún así, muy humana ¿Puede considerarse una obra romántica? No propiamente, se retrasa más de un siglo sobre la época cumbre del romanticismo. Desde luego *Pabellón de reposo* no es *Cumbres borrascosas* ni *Los sufrimientos del joven Werther*, pero tiene algunas características típicas de la novela romántica: los protagonistas transitan por un sino trágico, su destino más probable es la muerte; aún así se palpa en ellos la necesidad de alcanzar el amor.

Como autobiográfica que es, la novela se apoya sutilmente en las emociones y vivencias del escritor en su vida de tísico. A pesar del ambiente en que vive, la experiencia resulta para él un impacto vital favorable. Pragmatismo y razón acompañan a idealismo y emociones.

* * *

Esta sí es una «novela tipo» del romanticismo. *La dama de las camelias* ve los estantes de las librerías en 1848. **Alejandro Dumas** hijo cuenta una historia real vivida por él. Aunque no como protagonista, no hay duda que conoció con proximidad los avatares de la triste vida y los imposibles amores de Marguerite Gautier. El libro que tengo es de la editorial Orbis, 1982, ISBN 84-7530-407-9.

La narración gira alrededor de la pasión que atrapa a un joven de familia rica enamorado de una conocida prostituta de lujo. Marguerite vive el París de vida alegre: fiestas, lujos, regalos de amantes acaudalados... Explotadora, independiente, tirana de ricos: «*Los hombres, en lugar de sentirse satisfechos al concederles por un tiempo lo que apenas esperaron obtener por una sola vez, exigen a su querida que les rinda cuentas del presente, del pasado e incluso*

del futuro. A medida que se habitúan a ella, quieren dominarla y cuanto más se les da lo que piden más exigentes se tornan».

Conoce a Armand Duval, se enamora perdidamente de este atractivo personaje. El joven la quiere, pero su familia se interpone en los amores. El padre es un burgués de mediana edad, alto, digno, afable, muy convencional; piensa que la romántica amistad de su hijo con una cortesana deteriora el prestigio familiar. Prohíbe a Armand continuar con la relación... pero no es mala persona: «*Acabo de enterarme de que está usted enferma. Si estuviera en París iría a interesarme por su estado...*».

Marguerite comprende la distancia entre los mundos en que viven ambos; sabe que su amor no tiene porvenir. Le cuesta un tremendo sacrificio abandonar a su amante; con fingida sequedad le dice que no vuelva con ella, que ya no le quiere. La protagonista, enferma de tuberculosis, va decayendo: su salud es cada vez más precaria. Una amiga escribe a Armand: «*Desde el día que Marguerite se empeñó en ir al teatro ha seguido empeorando*». En líneas finales concluye el autor: «*Regresé a París donde escribí esta historia... Solo encierra un mérito, que quizá se le discuta el ser verdadera*».

Casi dos siglos después de su aparición *La dama de las camelias* no se percibe blandengue, no resulta cursi, los personajes no son artificiosos; las emociones que



Sarah Bernhardt interpretando a Marguerite Gautier.

se narran podrían surgir de cualquier amor desgraciado de nuestros días. En su momento tuvo un éxito arrollador, se publica en todos los idiomas, son incontables las ediciones. Su fama llega al punto máximo cuando en 1853 se estrena la ópera *La traviata*. A **Giussepe Verdi**, el más brillante compositor romántico, le encantó esta historia; seguro que al leer la novela de Dumas le enamoró su verismo, su perfección narradora, lo apropiado de la trama para ser hermanada con la música.

Algunos lectores —¿sinceros?— ocultan su admiración por esta novela; pretenden asemejar romántico con insulso, apocado, leve, pusilánime, cursi, demodé... ¿Porqué tapan la fascinación que seguro les produjo su lectura? Dicen —tal vez no es lo que piensan— que está escrita para adolescentes ingenuos de sensibilidad facilona. Amigos leedores, no les produzca rubor decir que les ha encantado seguir los avatares de la vida de Marguerite. Aunque la hayan leído y la recuerden, les recomiendo con énfasis volver a leer *La Dama de las camelias*. Retornar a sus páginas es muy entretenido, además eleva el espíritu.

* * *

El cuarto libro que glosamos es, posiblemente, una de las novelas más difícil de comentar. ¿Es complicado aconsejar su lectura? Atemoriza enfrentarse a los dos tomos, continentes de algo más de mil páginas, en los que transcurre *La Montaña Mágica*. Su desarrollo es lento, sosegado, exacto, minucioso, meditado... tan pausado como el lapso de doce años que **Thomas Mann** emplea en construir este monumento literario.

Me apresuro a decirlo, aconsejo encarecidamente esta lectura, algo trabajosa, pero con una contrapartida espiritual que compensa sobradamente el esfuerzo de transcurrir por sus páginas. El consejo no se apoya en que Mann consiguiera el premio Nobel (hay premiados con el Nobel de dudosa fianza). Se sustenta, sobre todo, en una seguridad: Tras leerla, la obra habrá proporcionado al lector una poco común satisfacción



Sanatorio antituberculoso en la región de Davos.

intelectual. El ejemplar de *La montaña mágica* que poseo y mimo es la edición de Plaza & Janés, 1969, Depósito Legal B.7169-69.

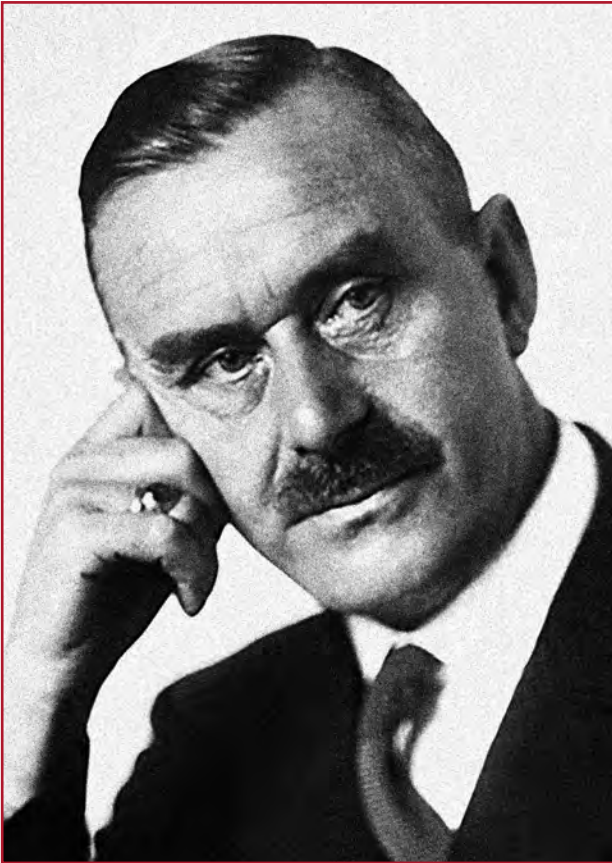
El hecho transcendental de la muerte sobrevuela iterativamente la narración. En la extensa y magnífica Introducción se apunta: «*Nuestra muerte es más un asunto de los que nos sobreviven que de nosotros mismos... mientras existimos la muerte no existe, y cuando la muerte existe no existimos nosotros; por consiguiente, entre la muerte y nosotros no hay ninguna relación real.*»

Además del joven protagonista, es muy amplia la galería de personajes que pueblan la novela: Joachim el primo enfermo, Madame Chauchat, el holandés Pieter Peeperkorn, el señor Albin, la señora Stoehr, el doctor Krovovski, el doctor Bherens, miss Robinson, Herminia Kleefeld, la vieja institutriz señorita Engelhart, la hermana Alfreda... Algunos aparecen solo un instante, pero siempre con interesante mensaje: Otilia Kneifer da idea de cómo un mundo circunscrito puede capturar a una persona inmersa en la duda existencial: «*Otilia se hallaba aquí desde hacía lo menos año y medio y se había acostumbrado tan perfectamente que cuando estuvo completamente restablecida (pues algunas veces se obtiene aquí curación) no quiso marcharse de ninguna manera. Rogó al médico jefe, con toda su alma, que la devolviese, que no podía ni quería marcharse, que se hallaba en su casa y se sentía feliz...*»

Con amor y muerte —eros y thanatos— comparten narración los grandiosos paisajes perpetuamente nevados. «Se ven» gracias a las extraordinarias descripciones de la obra: «*A la izquierda algunos senderos subían a través de los prados y se perdían en la negrura musgosa de las selvas de coníferas. El telón de las montañas lejanas, más allá de la entrada del valle a partir de donde este se hacía angosto, era de un azul tierno y pizarra.*» No hace mucho visité Davos, como la mayoría de los de ahora, el viaje es cómodo. No era así a principios del siglo XX cuando desde Hamburgo a la región del sanatorio en que se desarrolla la trama de *La montaña mágica*, se necesitaban dos fatigosas jornadas de viaje-aventura. El aislamiento de la institución antituberculosa y la belleza del escenario colaboran de manera fundamental con la expresividad del texto.

Mann cuenta la historia del decidido y compasivo Hans Castorp. Es un ingeniero joven que llega a los Alpes suizos —al sanatorio de Berghof, en Davos— para hacer una visita a su primo Joachim, enfermo de tuberculosis. Lo que debían ser veinte días de estancia se torna en una larga permanencia de meses. A Hans le fascina la vida en el sanatorio. El aislamiento, la escasa relación con «el mundo de la llanura», la sempiterna presencia de la enfermedad, no impiden el desarrollo de las pasiones, incluidas amor, aversión, crueldad, codicia.

Al llegar a Berghof, Hans conoce a unas figuras que representan distintas vidas, tendencias e ideologías; muestras de las que imperaban en el pensamiento



Thomas Mann.

europeo previo a la Primera Guerra Mundial. Dos fundamentales son pretexto para introducir controversia política. Settembrini, intelectual defensor del progreso y la razón humanista: representa el liberalismo progresista. Naphta, latinista místico, jesuítico, autoritario, inflexible: se asimila a una ideología conservadora clásica. Estos dos personajes, principales en la novela, se enzarzan en prolijos debates ideológicos que influyen profundamente en Hans. Su relación amor-odio termina en tragedia: un duelo a pistola de inesperado resultado.

El transcurso de la novela se desliza sobre la vida en el sanatorio. El tiempo en la montaña fluye de manera distinta que allá abajo, en el llano. El reposo forzado invita a la introspección, incita a Hans a contemplarse por dentro. Es arrebatada, apasionada, romántica en extremo, la relación de nuestro joven con Clawdia Chauchat, paciente de nacionalidad rusa, casada, de la que se enamora obsesivamente: «...ella le miró, no solo de lejos, sino durante todo el tiempo; le miró a la cara con un aire firme y un poco sombrío... El pobre Hans Castorp se sintió penetrado hasta la médula... durante las diferentes horas del día, había pensado en la boca de la bella mujer, en sus pómulos, en sus ojos, cuyo color forma y posición le conmovían el alma, en sus hombros lánguidos, en la postura de su cabeza, en la vertebra cervical, en el escote... sus antebrazos que comprimían sus pequeños pechos, en una palabra en su cuerpo...». Otra vez los amores imposibles.

Entre conversaciones filosóficas, descubrimientos personales y experiencias límite —incluida la aventura en la nieve que simboliza su despertar espiritual— el ingenuo Hans madura intelectualmente mientras el mundo exterior se encamina hacia el desastre.

El contacto constante con la muerte inclina a un estado de espíritu que nos hace más delicados, más opuestos al cinismo de la vida ordinaria. No ocurre así con algunos médicos, endurecidos por el soplo frecuente de la parca. El doctor Behrens les dice a Joaquim y Hans, escandalizaos: «*Vengo de un combate desigual, con cuchillo y sierra; un gran asunto, vean ustedes, ¡extracción de una costilla! Antes, el cincuenta por ciento se quedaba en el cuadro. Ahora tenemos más éxito a pesar de que algunas veces se hace la maleta antes de tiempo, mortis causa*». No es el galeno que uno, en grave circunstancia, desearía.

Intromisión curiosa las páginas que dedica Mann a parapsicología, hipnotismo, espiritismo, sonambulismo... materias de moda en su época: «... el doctor Krokovski organizaba sesiones en el subterráneo analítico... Esta materia se desprendía del cuerpo del médium, para adquirir, fuera de él y pasajera y formas biológicas y vivas de extremidades, que realizaban los actos sorprendentes que ocurrían en el laboratorio...». En seguida ironiza sobre el lenguaje biopsíquico, subconsciente, onírico, ideoplástico, empleado por los adeptos a estas «ciencias».

La enfermedad de Joachim avanza: «*Laryngea —confirmó Behrens—. Destrucción rápida. Y la mucosa de la faringe se haya también en muy mal estado... Pocas posibilidades amigo mío. A la verdad, ninguna*».

El relato fluctúa entre salud y enfermedad (Hans y Joachim). También sobre un balance sin decidir entre verdad y falsedad: Settembrini *versus* Naphta. Mientras releía sus cavilaciones me vino a la pluma (al teclado), casi inconscientemente, mi poemita «Juicios de valor»:

No es real lo blanco ni lo negro,
los grises predominan casi siempre.
Blancos huecos, masoquistas, sin valor;
negros ciegos, amigos de la sombra.

La balanza de vivencias recto el fiel.
Decidir solo en negro es fracasar.
Ver lo malo únicamente es injusticia.
Los sobrios grises sostienen la verdad.

¿Quién no tiene lodos en su alma?
¿Quién no atesora virtudes en su haber?
¿Quién no sufre recuerdos de maldad?
¿Quién no ha obrado bien sin recompensa?

Arrepentimientos secos que desgarran.
Virtudes que transcurren sin aplauso.
Vanaglorias absurdas, sin sustancia.
Maldad brotando de pasiones no domadas.



Thomas Mann con su esposa Katia Pringsheim.

Religiones delirantes, sombras sin fuerza.
Catecismo marxista despiadado.
Culto afín a una verdad provisional.
Olvido necio de doctrinas milenarias.

Estalla la guerra. Hans abandona Berghof. Baja de la montaña para alistarse en el ejército. Su historia se desvanece entre los terribles sucesos del conflicto. Su sino es símbolo de una Europa que pierde su ingenuidad y se precipita en la catástrofe. Las últimas páginas de esta grandiosa novela son un breve –contundente– alegato antibelicista: *«Es preciso que pasen esos tres mil muchachos febriles, es preciso que decidan con sus bayonetas el resultado del asalto...Caen, baten los brazos, heridos en la frente, en el corazón, en las entrañas. Están inmóviles con el rostro hundido en el barro...De esta fiesta mundial de la muerte, de esta mala fiebre que incendia en torno suyo el cielo de esta noche lluviosa, ¿se elevará el amor algún día?»*

* * *

Tisis (del griego): consunción. Los antiguos llamaban *tisis* a la tuberculosis: el apelativo *tísico* se sigue empleando hoy. La palabra se adaptaba bien a la realidad de tiempos en que no había tratamientos eficaces: la *tisis* –consunción– terminaba «consumiendo» a los afectados. La evolución de la enfermedad era imparable, los pacientes morían lentamente, emaciados, depauperados, tremendamente adelgazados,... pocos sobrevivían mas de siete años.

Tuberculosis, azote de la humanidad desde tiempos remotos. En momias egipcias se han encontrado

signos de tuberculosis ósea, vértebras que presentan señales inequívocas de la enfermedad. Durante la urbanización que acompañó a la revolución industrial del siglo XVIII, la tuberculosis fue la causa más frecuente de muerte a edad temprana. Se dice que fue motivo de la cuarta parte de los fallecimientos en Inglaterra. Algo similar ocurrió a principios del siglo XIX en el territorio europeo y en los estados del este de EE. UU.

La mala higiene, la desnutrición y las dificultades socio-económicas facilitan la difusión de la tuberculosis (*Las cenizas de Ángela*). Pero no siempre es así, la enfermedad puede ensañarse con personas de cualquier clase social (*La montaña mágica*). Se puede enfermar de tuberculosis a cualquier edad, es más frecuente la infección en la infancia, adolescencia, juventud o primera edad adulta. También en la literatura la narración se refiere sobre todo a protagonistas jóvenes, envueltos en circunstancias interesantes. Él o la joven en la flor de la vida (*Pabellón de reposo*, *La dama de las camelias*) despiertan más curiosidad y morbo que un pobre anciano tuberculoso.

Tardó en conocerse la causa de este mal, el más literario de muchos otros que lo han sido. El 24 de marzo de 1882, un joven microbiólogo alemán presenta en la Sociedad Fisiológica de Berlín un trabajo que revela el descubrimiento que comenzó a cambiar la evolución de la tuberculosis. **Robert Koch** daba a la ciencia el bacilo que lleva su nombre: bacilo de Koch (*Mycobacterium tuberculosis*).

VALLADOLID, PUNTO DE ENCUENTRO PARA LITERATURA Y DEPORTE

Jesús Castañón Rodríguez
Secretario del Ateneo de Valladolid

En los siglos XX y XXI el deporte ha experimentado una gran notoriedad que ha evolucionado desde constituir una fiebre popular, en palabras de la BBC, a conformar el mayor movimiento no gubernamental de la Unión Europea según el Consejo de Europa en 2014 gracias a su capacidad de innovación, crecimiento económico e impacto en la cultura popular, la geopolítica y la diplomacia cultural.

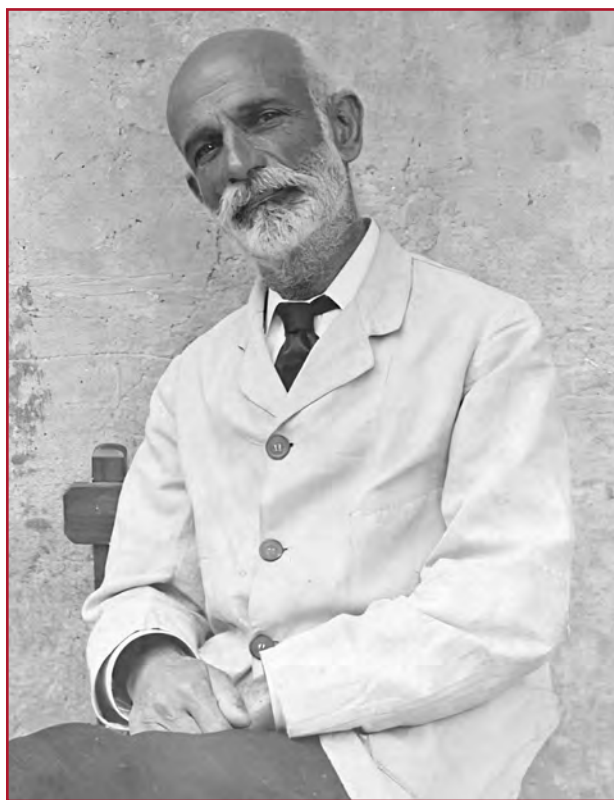
Ha sido una expansión que en el mundo del libro ha ocupado la reflexión de los Encuentros en Verines, del Ministerio de Cultura, en 2010, fue tema central de la Feria del Libro de Madrid en 2024 y hasta ha dado lugar a un género que resalta el bienestar compartido y los valores sociales: el *sport romance*.

En 2025 numerosos triunfos deportivos, el reconocimiento de Ciudad del Deporte, el nombramiento del presidente de la Real Federación Española de Rugby como miembro de la Comisión de Relaciones Internacionales del Comité Olímpico Español y la presencia de personas de Valladolid en tres reflexiones que sobre el periodismo y la comunicación se realizaron en las universidades Complutense de Madrid, Navarra y Valladolid han llamado la atención para ir más allá de la tradicional historia inadvertida que repite cíclicamente competiciones con su consumo rápido a través de los medios de comunicación y las redes sociales.

El olimpismo en España, tal y como recogió la exposición *Mente y Cuerpo. La Universidad de Oviedo, el deporte y el olimpismo* con documentos del Comité Olímpico Internacional, el Racing Club de France, la Real Academia de la Historia y la Institución Libre de Enseñanza, arrancó con la consulta que Pierre de Coubertin hizo a Francisco Giner de los Ríos sobre personas e instituciones interesadas en la puesta en marcha de los Juegos Olímpicos de la Era Moderna en 1894.

Poco a poco el deporte y la vida al aire se fueron implantando en toda España y, en el caso de Valladolid, su extensión, según José Miguel Ortega, se remonta al siglo XIX con la actividad de los seminaristas del colegio de San Albano y, a lo largo del tiempo, ha registrado

una gran variedad de equipos en la máxima categoría de diferentes deportes (baloncesto, baloncesto en silla de ruedas, balonmano, fútbol, hockey en línea, rugby...) y grandes figuras de todo tipo de deportes. Además, ha contado con un Cronista Oficial Deportivo, los primeros pasos de un teórico del humanismo deportivo y dirigente deportivo internacional como José María Cagigal con su paso por el Colegio San José evocado por el Premio Cervantes Álvaro Pombo, un diario deportivo denominado *Grada*, centros de Estudios Olímpicos para divulgar medicina especializada y promocionar valores de la educación olímpica, la reflexión sobre la comunicación y el periodismo especializado, personas que han desempeñado altas responsabilidades en el



Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza.

derecho y la medicina deportiva, dos galas nacionales del Deporte en 2017 y 2025 con su vinculación a valores históricos de la ciudad...

Vivencia cultural y artística

A esta historia le acompañó una singular vivencia cultural, especialmente desde el último decenio del siglo XX con la Declaración de 1994 como Año Internacional del Deporte, la creación del Museo Olímpico como puente de unión entre cultura tradicional y tecnología y la exaltación de la relación entre el deporte y las artes en el libro *Olimpismo y Cultura, 1896-1996*. Impulsaron la consideración del deporte como un fenómeno estético en el que, entre otras artes, la literatura era la rama ideal para crear imágenes que perdurasen en la memoria. Fue un proceso que anotó el nombramiento de Juan Antonio Samaranch como doctor honoris causa por la Universidad de la Sorbona en 1995 y como Académico Honorario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1998.

Esta experiencia también estuvo presente en Valladolid en las dos últimas centurias. El contacto con las sociedades modernas, como recogía el presidente del Ateneo de Valladolid Vicente Gay en 1909 en *El renacimiento cultural*, supuso el reto de combinar la cultura vieja y la moderna y comprender la emoción que producía la novedad. Fue una tarea que ocupó a varios

de sus sucesores: Narciso Alonso Cortes colaboró en las revistas *El velocípedo*, *Valladolid Ciclista* y *Velo Sport* y recibió en 1970 la Medalla de Oro de la Federación Española de Ciclismo; Ángel María de Pablos obtuvo de la misma federación la Insignia de oro y brillantes; Celso Almuíña promovió la publicación de estudios sobre usos del lenguaje periodístico especializado; y Luis Gil-Carcedo, formó parte del equipo universitario de rugby como jugador en los años sesenta del siglo XX. En la revista *Gaceta cultural*, es posible leer artículos de tema deportivo de cronistas de la ciudad, tanto del Cronista Oficial José Delfín del Val como del Cronista Oficial Deportivo, José Miguel Ortega que también ha impartido conferencias en esta asociación.

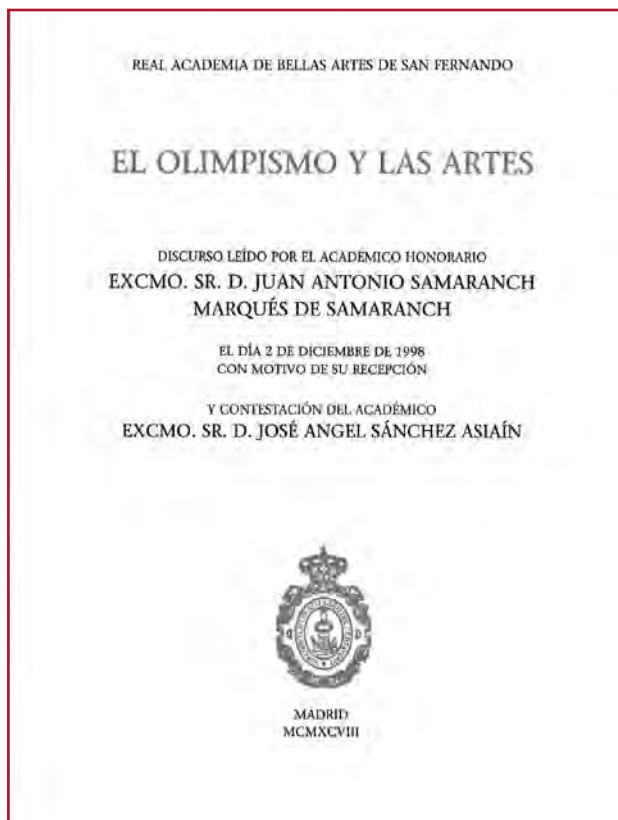
Además, personas nacidas, formadas o ligadas profesionalmente a Valladolid fueron distinguidas con premios del deporte de la Comunidad de Madrid en 2002 y del Gobierno del Principado de Asturias en 2014 por su contribución a la creación de librerías especializadas y la dedicación al estudio de la lengua y la literatura de tema deportivo.

El legado y la memoria colectiva de grandes momentos ha creado un sentido de comunidad y una cultura popular que ha dado origen a diversas manifestaciones artísticas de la música con el tema *Por ser de Valladolid* interpretado por el grupo Celtas Cortos, la fotografía, el humorismo... Y, por supuesto, con una literatura que ha registrado once ediciones de concurso de relatos Ángel María de Pablos, la creación de bibliografías relacionadas con creación literaria, mitos deportivos modernos, promoción de la lectura y las letras y el estudio de la literatura especializada en *Idiomaydeporte.com* y, sobre todo, tres centenares de referencias entre estudios y obras de creación de tema deportivo caracterizadas por una gran variedad al tratar aspectos de periodismo deportivo, psicología, pasión por la actividad física, situaciones de fantasía y 24 deportes: ajedrez, atletismo, automovilismo, baloncesto, balonmano, bolos, boxeo, caza, ciclismo, esgrima, fútbol, gimnasia, golf, lucha, montañismo, motociclismo, natación, pádel, pelota, pesca, piragüismo, rugby, tenis y tenis de mesa.

Un repóker de autores

Un ejemplo de esta vivencia literaria que convierte las bellas artes en movimiento en una ocasión para generar arte ha contado con cuatro ases y un comodín.

Es el caso de Ángel Allué en *Valladolid en la nostalgia*, obra en la que presentó la añoranza de la práctica infantil del fútbol en Las Moreras. En «Los negrilla» evocaba su uso como improvisadas porterías, predominaba la terminología inglesa y en la ciudad destacaban



Real Unión Deportiva, Español y Ferroviaria. Y en «La pelota de papel» recreaba los tiempos de los campeonatos regionales, porteros que lucían rodilleras y visera, la euforia por el subcampeonato de la Selección Española en los Juegos Olímpicos de Amberes en 1920, el afán por aquel deporte en el que el balón se improvisaba con un bote o con papeles viejos, cuerdas y trapos y los abrigos hacían de porterías. Eran instantes de partidos en las plazuelas y en las cercanías de las cocheras de La Regional y La Unión de Campos, de canchas llenas de barro y de broncas al llegar a casa salpicados por el lodo.

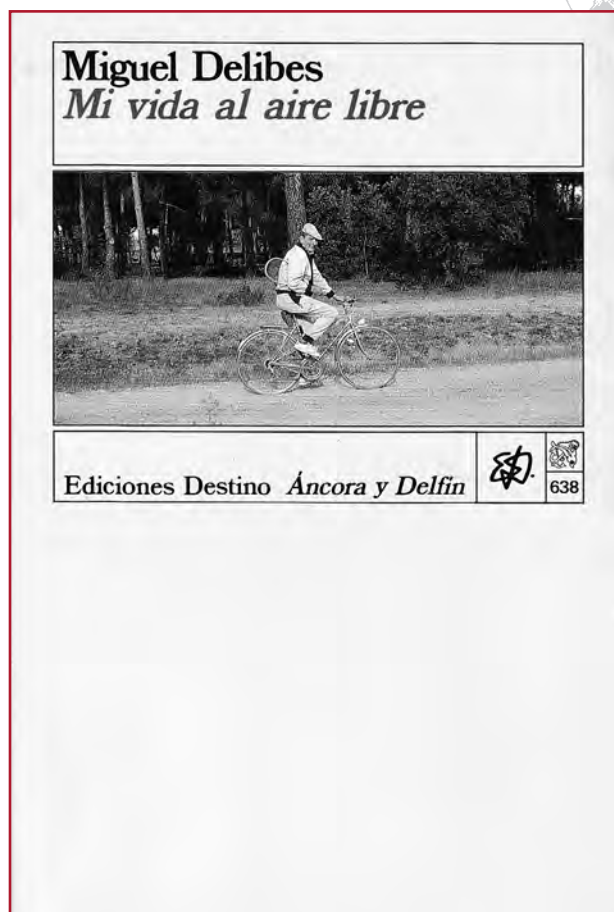
Manuel Alonso Alcalde recreó en «Penalty!» el fútbol en verso con humor y en estilos literarios que imitaban formas de Berceo, el Romancero, el Lazarillo de Tormes, Federico García Lorca, Pedro Salinas, Rafael Morales, Garcilaso de la Vega, Jorge Manrique, Fray Luis de León, Góngora, el Cantar de Mio Cid, Rubén Darío, José Zorrilla, Miguel de Cervantes y Antonio Machado.

Gustavo Martín Garzo recordaba en «Mi hermano Jandri» los tiempos de la asistencia al estadio José Zorrilla con el padre y el hermano fallecido para ver a Puskas, Sanchís y Kubala en una grada ordenada y repleta de público.

Francisco Umbral en «Cuando yo era interior izquierda» y «El saque de Cela» publicado en *Cuentos de fútbol*, 2 reflejó la presencia del club albivioleta en su infancia y adolescencia, el sentimiento de una punzada de soledad en las tardes dominicales y la vivencia de un partido en el palco del Vicente Calderón entre el Atlético de Madrid y el Real Valladolid. Retrató la vida social en estas dependencias del estadio con personajes como Joaquín Calvo-Sotelo, Marienma, Miguel Delibes o Antonio D. Olano, así como las charlas por las galerías del campo y el encuentro con periodistas de la crónica social...

Sin duda, uno de los más prolíficos fue Miguel Delibes pues combinó textos sobre deportes tradicionales como la caza y la pesca, con otros deportes modernos como automovilismo, ciclismo, fútbol, motociclismo, natación, tenis de mesa y tenis. Su afición a la vida al aire libre, la influencia de Julio Alonso, Narciso Alonso Cortés y los hermanos Sigler... dieron paso a artículos periodísticos, cuentos, libros infantiles, libros de viajes y novelas.

Desde los tiempos colegiales en que recreaba el balompié con botones para jugar a escondidas en el pupitre de clase, con canicas para el patio y con pelotas de trapo o bolas de papel para la galería de la casa familiar y con una pelota de goma en los andenes del parque vallisoletano del Campo Grande hasta el comentario de campeonatos, pruebas y aspectos del lenguaje periodístico en las transmisiones televisadas, el deporte fue un compañero de vida, entre otros títulos, en: los libros dedicados a la caza, *Mis amigos las truchas*, los volúmenes



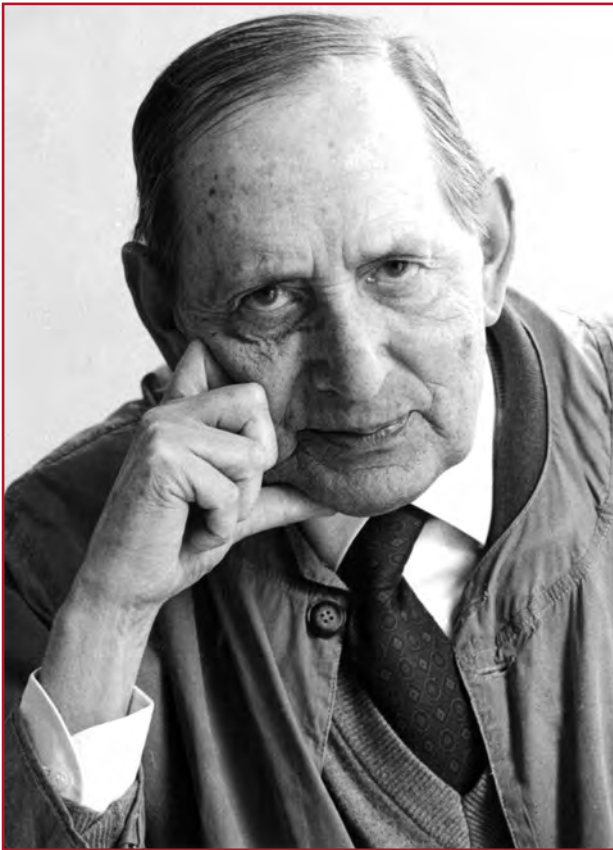
que reflejan la vida cotidiana como *La partida*, *Pegar la hebra* o *Vivir al día* y obras como *El otro fútbol*, *Mi vida al aire libre* y *Un deporte de caballeros*.

Una ciudad para el encuentro de literatura y deporte

En resumen, la literatura deportiva de Valladolid ha recogido las emociones de los recintos de competición, las experiencias y sensaciones de la práctica de todo tipo de deportes, su reflexión y estudio... Ha logrado unir los ámbitos físico e intelectual con originalidad.



Baloncesto en el colegio de Lourdes. © Archivo Colegio Lourdes.



Miguel Delibes. Fotografía de la Fundación Miguel Delibes (CC BY-SA 3.0).

establecer una diferenciación por épocas, agrupando las obras pertenecientes a cada marco temporal, con el objeto de verificar el cumplimiento de dichos cambios. Este desplazamiento no afecta únicamente a la elección entre tú y usted, sino que se extiende al conjunto de estrategias de apelación. La progresiva generalización de los nombres propios, los diminutivos afectivos o los hipocorísticos revela una transformación más profunda: la atenuación de la distancia social en contextos donde antes se imponía la formalidad. Así, la lengua no solo refleja un cambio en las normas de cortesía, sino una modificación en la manera de concebir las relaciones familiares, laborales y sociales.

En la creencia de que un corpus literario puede superar con creces a un cuestionario —dado que en estos no quedan registradas o se ignoran situaciones de euforia, enfado, ira, etc., que propiciarían la aparición de determinados tratamientos, como son los nombres insultantes que se dedican tanto niños como adultos—, la obra de Delibes proporciona una gran variedad de situaciones y, por consiguiente, de repertorio. Los niños de *El camino* gritan

desaforados ¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas! a los que conservan sus voces puras y siguen en el coro. También el señorito Iván, de *Los santos inocentes*, es pródigo en el empleo de estas expresiones: ¿pero qué demonios pretendes, Azarías? ¿es que no has visto la nube de zuritas sobre los encinares del Pollo, cacho maricón? Vemos, pues, que se gana en profundidad lo que en las encuestas se pierde en sistematicidad. De este modo, estos cambios se perciben con especial nitidez porque aparecen vinculados a situaciones concretas: discusiones familiares —como las que menudean entre el matrimonio formado por Cecilio Rubes y Adela, en *Mi idolatrado hijo Sisí* (—¡Esos hijos, Cecilio! ¡Esos hijos que dejamos por nacer! —¡Hijos! —chilló él— Maldita inútil, ¿qué hijos has sabido darme tú? ¿Qué has hecho de Sisí?)—, enfrentamientos generacionales, relaciones laborales tensas o momentos de intimidad inesperada. Ejemplo de esto último sería una de las «parejas sorpresa» de la novela *El camino*. El maestro don Moisés, apodado el Peón, inicia una relación con la Sara, hermana de Roque, el Moñigo, que acaba en boda. Para evitar los continuos castigos que el maestro les infligía a él y a sus amigos, a Roque no se le ocurre otra cosa que escribirle una carta, suplantando la identidad de su hermana, en la que se le declara y le cita. A la convocatoria, acude esperanzado:

—Ya estoy aquí, nena —dijo él—. No he sido moroso, ¿verdad? De lo demás no diré ni una palabra. No te preocupes.

—Te quiero, ¿sabes, Sara? Te querré hasta el fin del mundo. Vendré a verte todos los días a esta misma hora. Y tú, dime —la cogía la mano otra vez, aparentando un efervescente enamoramiento—, ¿me querrás siempre?

—Le querré, don Moisés —dijo—, hasta que, perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte.



Fotograma de *El camino*, de Ana Mariscal, 1963.



Delibes a la caza de la perdiz roja.

La vida en conexión con la obra, hábitat natural de los informantes

La aceptación de la obra de Miguel Delibes —como fuente documental de los usos de los tratamientos en una etapa que abarca casi un siglo— es consecuencia de las propias características personales del escritor: su procedencia familiar, el matrimonio de sus padres, el ambiente culto y liberal en el que se desenvuelve... Elementos que contribuyen a fraguar su personalidad. La influencia paterna en los años fundamentales de su infancia y su juventud será vital. De hecho, los recuerdos y las aficiones —el campo, la caza y el deporte— se vuelcan con naturalidad en su obra; en *Mi vida al aire libre*, por poner un ejemplo. No son casuales tampoco ciertas obsesiones temáticas, la muerte y la infancia (*La sombra del ciprés es alargada*), recurrentes en significativas obras posteriores, donde cabe mencionar *El camino*, por ejemplo, y *La boja roja*, que añade el tema de la soledad de un hombre, ya jubilado.

Es muy interesante lo que el autor le comenta a César Alonso De los Ríos en *Conversaciones con Miguel Delibes* (1971):

—*Toda novela tiene algo de autobiográfica, porque hay que distinguir entre lo que tú has vivido, lo que podrías haber vivido, lo que quisieras haber vivido y lo que temes o presientes que vivirás.*

No es hiperbólico afirmar que, desde su obra, el escritor es el máximo representante de la vida de Castilla, un conocedor profundo de sus paisajes, sus gentes y sus costumbres. No se limita a la interpretación estética de Castilla que hicieron los representantes del 98, sino que denuncia la situación real de los pueblos castellanos, que debido a la censura —en la época en que desempeñó el cargo de director en *El Norte de Castilla*, como dijimos antes, primero como interino de 1958 a 1960 y como titular desde 1961 a 1966— no podía difundir a través del periódico. Además, el lenguaje se adapta a cada circunstancia, al tema que aborda, incluso al paisaje. Jiménez Lozano —en atinada comparación— comenta que el territorio de Delibes es la Castilla real, como Yoknapatapha es el territorio de Faulkner («Algunos incordios sobre Miguel Delibes»).

Así pues, cuantificando solamente novelas y cuentos, la obra narrativa de Miguel Delibes arroja una cantidad de 757 informantes, los personajes, de los que 465 son hombres, 228 mujeres, y 66 niños o adolescentes. Si a estos le sumamos los 218 de las obras de «no ficción» —167 hombres, 40 mujeres y 11 niños—, tales como ensayos, recopilaciones de artículos y libros de caza y viajes, obtendríamos 975 informantes en total, agrupados en parejas o diadas que interactúan. Es decir, una suma que ha proporcionado un abundante muestreo para abordar el estudio. De este modo, puede realizarse una aproximación a la obra de Miguel Delibes a través



Antonio Ferrandis, Miguel Bosé y Amparo Soler Leal. Fotograma de *Retrato de familia*, de Antonio Giménez-Rico, 1976.

LITERATURNAS

Juan Á. Canal

Catedrático de Filosofía de Instituto

Si prometes, el riesgo es indeterminado en plazo y limitado a pocos; si, en cambio, te niegas, con seguridad te enajenas voluntades, inmediata y cuantiosamente.

CICERÓN

Las urnas son el icono casi unívoco de las votaciones políticas y, desde luego, el símbolo por antonomasia de cualesquiera elecciones, de modo que expresiones como *poner las urnas, llamar a las urnas, las urnas han hablado o el veredicto de las urnas* remiten sin titubeo a la consulta de las preferencias de un colectivo sobre determinados asuntos, programas o personas. Aunque puede aplicarse a campos de la más distinta extensión, desde una comunidad de vecinos al ámbito mayor de las políticas nacionales o aun supranacionales —véanse nuestros comicios europeos—, manifestación del grupo elector que se conoce como voluntad popular, la urna no necesariamente es sinónimo de igualdad aritmética (ténganse presentes las no tan lejanas limitaciones de acceso a urnas de mujeres, personas de ciertas razas u orígenes geográficos distintos, esclavos y tantos otros grupos sociales) ni implica inequívocamente sistema democrático, pues el uso de las urnas en sistemas autocráticos, como tantas veces ha ocurrido con lo que en apariencia es la más pura manifestación del pueblo, el referéndum, bien puede convocarse y llevarse a cabo con el fin de consolidar plebiscitariamente la opresión del sentir mayoritario a manos del



tiránico o dictatorial. Hechas esas salvedades, las urnas representan, siquiera en el último medio siglo español¹, la mejor garantía de sufragio universal y de prevalencia de la voluntad general que anhelaba su mayor valedor en la Modernidad, Jean-Jacques Rousseau.

Hoy, cuando se cumplen cincuenta años de las primeras elecciones generales que, tras la muerte de Franco, inauguraron la etapa constituyente, el panorama español está salpicado de convocatorias a las urnas: recientemente se han celebrado en tres Comunidades autónomas, una de ellas Castilla y León, inminentes son las autonómicas de Andalucía y las municipales y

¹ Durante la dictadura franquista, con el singular artificio denominado «democracia orgánica», un tercio de los procuradores en sus inoperantes Cortes, el llamado tercio familiar, se elegía por los cabezas de familia y las mujeres casadas, proceso sarcásticamente caricaturizado, como puede verse aquí, por el dibujante y humorista Antonio Mingote.



restantes regionales serán en todo el territorio en mayo de 2027, año en que, como muy tarde, se votará también en generales para el Parlamento nacional. Si a esto se une la omnipresente sombra que sobre las acciones de gobierno de todo ámbito proyectan las estrategias y los cálculos electorales, cada vez más subordinados a las investigaciones demoscópicas, será fácil reconocer un cierto hastío o decepción de la ciudadanía, a la que no escapan la futilidad de las promesas² en campañas electorales³ ni la cerrada absorción del debate político por las direcciones de los partidos —muy laxos éstos con su obligación constitucional de regirse democráticamente—. Pero nuestro propósito aquí no es valorar los riesgos de populismo que esto pudiera entrañar ni tampoco examinar los problemas de distanciamiento de la acción política inherentes a una democracia representativa: estudios especializados hay sobre todo ello y proliferan especialmente en medios de comunicación, arma ellos mismos de la pugna, los análisis y diagnósticos politológicos: lo que pretendemos es, tan solo, presentar unos pocos ejemplos de aproximación literaria al hecho electoral y sus circunstancias. Teniendo en cuenta que en toda elección política se juega el acceso temporal al poder de personas y organizaciones, y con ello el acomodo, a veces perenne, de una pléyade de representantes populares en sus cargos de concejales o

parlamentarios, es decir, considerando que el de político puede constituir un oficio o carrera profesional y no una mera dedicación pasajera, casi sorprende que las *debilidades* humanas y las añagazas que inevitablemente suelen aflorar en ese mundo en que tantos *se buscan la vida* no hayan merecido más atención de los escritores.

Para compensar con el ocio lector esa fatiga del cotidiano bombardeo electoralista a que nos someten los noticiarios, invitamos a la lectura de unas pocas obras, enumeradas cronológicamente, de la que podríamos llamar *literatura*.

1

Cumplida la cincuentena, un Flaubert que había publicado ya buena parte de sus grandes obras y que, más allá del escándalo provocado por *Madame Bovary*, era literariamente reconocido por su obsesión por la escritura como novelista y autor de relatos cortos, acomete por primera vez una composición dramática, comedia en cuatro actos que se estrenaría en 1873 bajo el título de *El candidato* en el parisense teatro Vaudeville, precisamente el mismo que ha dado nombre al género ligero «vodevil». Acaso por haberle movido a escribirla ciertos apuros económicos, la obra no triunfó como esperaba —él mismo decidió retirarla de la escena— y a lo largo de este siglo y medio ha sido poco representada, a pesar de que el brillo de la pluma y la finura en la caracterización de sus personajes, especialmente los de su por estúpida muy aborrecida burguesía, no dejan de ser aquí los que han hecho célebre a un autor que, no se olvide, vivió su vocación literaria en constante y exigente búsqueda de «la palabra justa». El propio Flaubert reconoció, no obstante, que el estilo teatral le constreñía mucho más que el narrativo por sus continuas fracturas, además de hallarse expuesto a la crítica emocional del espectáculo en directo; acaso por eso recomendó a su amigo Turguénev que eludiera escribir teatro, a pesar de ser él un gran aficionado que acudía ocasionalmente a París para estar al tanto de lo que se estrenaba.

La trama recorre exactamente el período electoral desarrollado en la Francia posterior al Segundo Imperio francés por circunscripciones relativamente pequeñas

² Se atribuye a Enrique Tierno Galván la afirmación, sin duda irónica, de que «las promesas electorales se hacen para no cumplirlas», premonición que parece haber inspirado también las palabras de Quinto Tulio Cicerón, temprano autor de un recetario práctico para uso de su hermano, el famoso político y escritor Marco Tulio, con que se abren estas páginas. [Las referencias bibliográficas constan al final.]

³ Al fin y al cabo, el mismo empleo del término «campaña», antes que un cortés ejercicio del arte suasorio, connota una acción pugnaz —cuando no exenta de escrúpulos— para captar voluntades, como el citado Q.T. Cicerón aconseja al candidato Marco: «Indaga y descubre hombres en cada comarca, conócelos, atráetelos, asegúratelos, cuida de que en su vecindario te hagan campaña y que sean casi candidatos por tu cuenta. Te querrán por amigo si ven que anhelas su amistad. Para que entiendan que quieres lograrla, dirige a ellos de modo adecuado a su mentalidad.» [Ibid., VIII, 31]

y, por tanto, propicias al cruce de numerosas trayectorias y conveniencias personales y gremiales. Rousselin, el esperpéntico protagonista absoluto a que refiere el título, es un acaudalado rentista que, suficientemente saciadas sus aspiraciones amorosas y crematísticas, anhela coronar su biografía con esa otra gran pasión humana que es el acceso al poder, postulándose para un asiento de diputado en el parlamento parisiense. Las intrigas y maniobras de los dos principales candidatos, la aparición de ese expediente tan habitual en las pugnas que es la «tercera vía», el entreveramiento de lances amorosos tanto de Madame Rousselin como de su hija, las presiones de campesinos y obreros en favor de una u otras opciones, así como la veleidosa inclinación de unos y otros hacia los distintos aspirantes, absorben los diálogos y mantienen la tensión cómica hasta el final del escrutinio... sin que Flaubert aborde específicamente la cuestión política o defina posición propia alguna acerca de la misma. Puro juego literario, pues.

2

Apenas veinte años más tarde, el prolífico comediógrafo español Carlos Arniches estrena en Madrid un sainete titulado *El candidato independiente*, escrito como tantas otras obras suyas en colaboración con el menos conocido Gonzalo Cantó. Se trata de una pieza en prosa, en un acto y dos cuadros, que representa una escena más bien estrambótica situada en una venta donde coinciden un aldeano inculto y el secretario de un ayuntamiento próximo, quien propone a aquél que acepte suplantar nombre y personalidad de un tercero, que ha desaparecido dejando vacante la candidatura de su pueblo a diputado por el partido liberal. La propuesta obedece al interés personal del secretario en que el futuro representante en Cortes lo nombre a él alcalde y ello le facilite nada menos que sus aspiraciones matrimoniales. En ese batiburrillo de sorprendentes competencias de unos y otros cargos y de equívocos entre el inculto nuevo aspirante y el antiguo, reaparecido, el enredo se vuelve inextricable y la situación concluye de la manera más insospechada.

Ciertamente no estamos ante un tratado político de calado, pero sí ante una entretenida, por extravagante, personificación del concepto popular del ejercicio del



poder, por una parte, y de la picaresca existente para acceder a él, por otra. Es, además, un buen ejemplo del teatro de entretenimiento, tejido de jocosidades más bien vulgares, dobles sentidos y lenguaje castizo de cuyo éxito popular da buena prueba que su autor, Arniches, escribiera y lograra representar varios cientos de obras entre los finales del siglo XIX y el primer tercio del XX.

3

Casi un siglo después, en 1963, el perspicacísimo Italo Calvino publicó en Italia *La jornada de un escrutador*,⁴ tal vez la menos figurativa de cuantas obras citamos aquí: Amerigo Ormea, el protagonista en la ficción, es un escrutador designado por el entonces poderoso Partido Comunista Italiano igual que, en la realidad, su autor fue en el año 1953 no escrutador sino candidato él mismo de ese PCI (que abandonaría en 1957), por lo que el relato, aun con la lógica libertad del narrador para los detalles, tiene su raíz en una experiencia histórica auténtica. Ésta se desarrolla en el *Cottolengo*⁵ de Turín, donde se halla instalada una mesa electoral cuyo censo aporta el heterogéneo paisaje humano recluso en una institución semejante y en el que las elecciones se celebran en una sucesión imparable de escenas que bien podrían evocar cualquier cuadro de El Bosco o los Brueghel: lisiados, ciegos, parálíticos y toda clase de personas cuya condición física o mental entraña limitaciones prácticamente insalvables.

⁴ Inicialmente editada en castellano por Bruguera, en traducción de Francesc Miravittles, quien, a diferencia de la que reseñamos al final, vertió la palabra «scrutatore» (*La giornata d'uno scrutatore*) como *interventor electoral*; título este que, dada la condición partidista de esta labor de intervención, por haber sido nombrado para ella por alguna de las listas concurrentes, seguramente es más acorde con el papel de control y supervisión de Ormea, el sujeto novelístico, que el estrictamente neutral que corresponde a quien escruta o computa los votos emitidos.

⁵ Institución benéfica para atención a niños abandonados, personas discapacitadas, enfermas y en general carentes de recursos por parte de órdenes religiosas. Su nombre, que se ha establecido en algunos lugares como sustantivo para asilo y orfanato, proviene del fundador, a principios del siglo XIX, de la *Piccola casa della Divina Provvidenza*, que fue el sacerdote católico, hoy canonizado, José Benito Cottolengo.

La narración de ese panorama grotesco, doloroso y casi surrealista requiere, como es fácil imaginar, el complemento de otros protagonistas: las monjas y los curas que, con devoción electoral indesmayable, se ocupan de cumplimentar las papeletas de los inválidos, de «reconocerlos» cuando están indocumentados y, en definitiva, de garantizar que los desvelos sanitarios y asistenciales que les mueven día a día se perpetúen al guiarlos o reemplazarlos en la votación, asegurando así que todo el *Cottolengo* vota al unísono (sin duda, a la Democracia cristiana del momento). El mérito de Calvino, que cualquier lector podrá apreciar, es que, lejos de regodearse en la descripción de la monstruosidad de los más variopintos *quasimodos*, ofrece una mirada tan compasiva y exquisitamente sensible como rigurosamente crítica de la realidad social y las contradicciones, morales y religiosas, de su país y su tiempo: las reflexiones intercaladas que acompañan a la acción, incluyendo las relativas a su vínculo amoroso personal, son, a nuestro juicio, un ejemplo de honradez intelectual y de rigor analítico.⁶

4

Con patente sentido periodístico de la oportunidad, en 1978, año siguiente a las primeras elecciones democráticas tras la Guerra Civil y en el que se refrendó la nueva Constitución Española, el vallisoletano Miguel Delibes, que ya había publicado una docena de novelas, presentó *El disputado voto del señor Cayo*, cuya adaptación cinematográfica⁷ contribuyó a fijar en el imaginario popular la pintoresca estampa del protagonista.

Aunque el título apunte a la cuestión electoral, libro y película en realidad abordan uno de los temas favoritos del autor que, como reconocen sus propios editores, es la situación de los habitantes del campo y la tragedia de su abandono y, desde ese punto de vista, la obra se une a muchas otras suyas, muy celebradas por quienes aprecian el valor conservacionista de un lenguaje, el campesino, que pocos urbanitas conocen y que a estas alturas apenas tiene otro lugar que el de los diccionarios históricos. Sólo en ese sentido tiene lugar la novela en este repaso de *literaturas*, pues por lo demás resulta en cierto modo fallida, en tanto su parte nuclear —aproximadamente la mitad de su extensión—

se ocupa del protagonista, artificiosamente empeñado en mostrar a sus deslumbrados visitantes los entresijos verbales y funcionales de sus aperos y costumbres, pero sin apenas atender a la reclamación de voto que ha llevado hasta él a sendos grupos de propagandistas de dos candidatos a las inminentes elecciones; las otras dos partes del relato, inicial y final, en las que se trata de las giras de campaña electoral, encajan en torno a ese núcleo de forma más bien disparatada, pues la inverosímil peripecia de unos agentes electorales que visitan tierras despobladas fuerza los límites de la ficción.

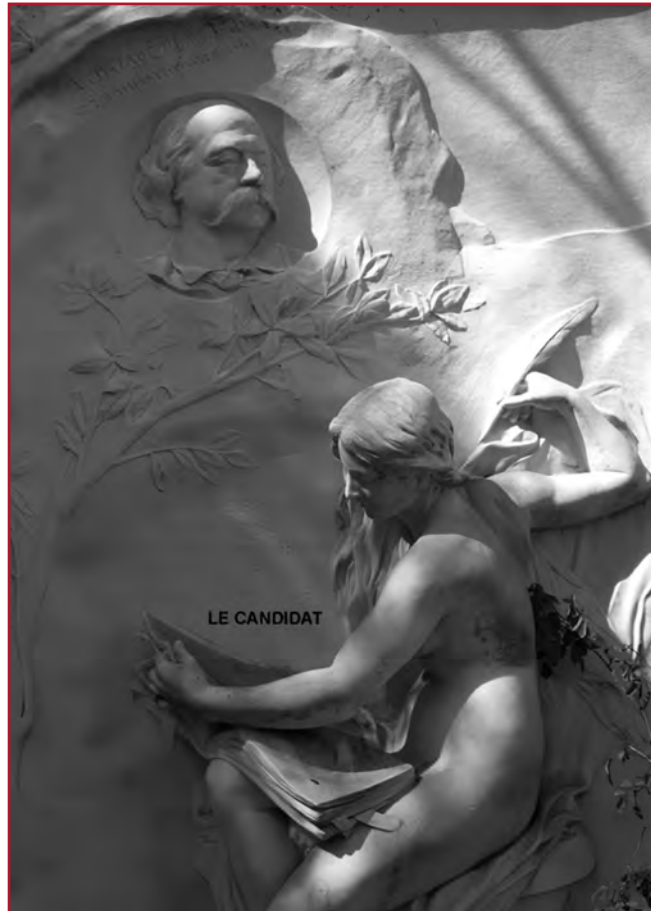
5

También en su madurez como narrador dedicó Eduardo Mendoza, en 2006, una obra de ficción ambientada en los entramados de la vida política barcelonesa entre 1984 y 1986: *Mauricio o las elecciones primarias*. Y también, como en el caso de Delibes pero con mejor costura narrativa, la mención de elecciones que contiene el título toma cuerpo en el relato de una forma muy lateral, acaso por remitir irónicamente a una acepción no estrictamente política sino más bien moral del hecho de elegir.

El estribo del complejo relato es la colaboración en una campaña electoral autonómica del Partido socialista de Cataluña, como propagandista no candidato y carente de experiencia en esas lides pero «fichado» por el prestigio social de su profesión de médico, del protagonista, Mauricio; la peripecia política de ese antiguo universitario izquierdista concluye ahí, al triunfar la opción de Jordi Pujol sobre el PSC. La experiencia de campaña le proporciona inesperados contactos humanos, propios de un medio social ajeno al usual para un dentista en ejercicio, y presta la base de las frecuentes contradicciones que el desarrollo novelístico irá ofreciendo entre los ideales *progres* y los distintos roles socio-económicos que la realidad profesional y personal va deparando. A partir de ahí Mendoza, eludiendo el tono caricaturesco de otras obras suyas pero no su probada habilidad para el enredo, narra los avatares de la vida amorosa del personaje, progresivamente ovillado por las coyunturas que ocasiona su relación simultánea con una novia de su clase social y una amante de humilde origen: la historia va tejiéndose de escollos vitales que plantean dilemas

⁶ Lejos del tema electoral, no podemos resistirnos a encarecer, a aquellos lectores que pudieran desconocerla, la trilogía de Calvino conocida como *Nuestros antepasados*, compuesta por fábulas, ésas sí no poco surrealistas, tan deliciosas como *El barón rampante*, *El vizconde demediado* y *El caballero inexistente*. No olvidarán, seguro, las personalidades de Cósimo, Medardo y Agilulfo... y su tan chocante como certera capacidad de reflejar la condición humana.

⁷ Dirigida por Antonio Giménez-Rico en 1986 e interpretada en su papel principal por un Francisco Rabal convertido ya en carácter delibeño en *Los santos inocentes*, convocó a un considerable número de espectadores, más de 360.000.



Catedrático de Filosofía.

morales, o de conciencia, en los que los protagonistas se debaten entre lo que definía el marco político de sus ideales juveniles y la conveniencia coyuntural de cada momento. Y es ahí donde el autor, sin afán doctrinal, exhibe su fino trazo psicológico de sus personajes y su ya probado conocimiento del mundo barcelonés para desgarnar reflexiones y decisiones a la luz de los principios y las responsabilidades individuales: probablemente sea ahí donde cobre sentido la disyunción, desde luego incluyente, del título *–Mauricio o las elecciones primarias–* y la acepción no comicial sino éticamente jerárquica del término primarias, es decir, primigenias.

* * *

Cabe esperar que estas referencias al arte literario⁸ sirvan no sólo como fuentes estéticas o de esparcimiento, sino también como medios complementarios de conocimiento del fenómeno sociológico y psicológico que constituye toda elección política.

REFERENCIAS

- CICERÓN, Quinto Tulio; Prontuario electoral o Manual del candidato (versión de Guillermo Fatás); Ed. Universidad del País Vasco, Bilbao, 1990.
- FLAUBERT, Gustave; El candidato (edición y traducción nuestra); Krk ediciones, Oviedo, 2018.
- ARNICHES, Carlos, y CANTÓ, Gonzalo; El candidato independiente, en Obras completas I; Ed. Turner-Biblioteca Castro, Madrid, 1995.
- CALVINO, Ítalo; La jornada de un escrutador (versión de Ángel Sánchez-Gijón); Ed. Siruela, Madrid, 1999.
- DELIBES, Miguel; El disputado voto del señor Cayo; Ed. Destino, Barcelona, 1978.
- MENDOZA, Eduardo; Mauricio o las elecciones primarias; Ed. Seix Barral, Barcelona, 2006.

⁸ Mención aparte, pero que desbordaría los límites de estas páginas, merece la obra de SARAMAGO, José; *Ensayo sobre la lucidez*; Alfaguara, Madrid, 2004.



Actual sede de las Cortes de Castilla y León.

en el devenir de los acontecimientos políticos durante la Transición. La capacidad de la Constitución Española para crear un espacio donde articular las demandas de identidad territorial peninsulares y un tránsito hacia un proceso de aculturación de extensión nacional, en el que Castilla la Vieja deja de ser la guía lingüística y cultural, pasando a integrarse igualitariamente en la administración y gobierno del país, junto con otros territorios plurilingüísticos de raíces culturales diversas, fue determinante.

Mucho se ha hablado de la situación de «consenso» como el método procedimental y táctico más favorable para la toma de decisiones políticas y para la adopción de una nueva estructura de organización territorial en España; o lo que es lo mismo, para la existencia de un acuerdo tácito y generalizado, en unos valores ideológicos y en un sistema institucional, que limitando la satisfacción de nuestros anhelos, deseos, demandas, intereses y objetivos más primarios y anhelables, «dieron paso», en pro de todas las demás partes, con el fin de que esas partes obtuvieran también una satisfacción común aunque limitada. La contemplación de este método hace que la organización estatal haya ganado en complejidad, y la reaparición de ese pactismo limitativo, como base del orden político y social, se conformó como instrumento de éxito de la implantación de la Democracia en España. El sistema de partidos mimetizó la estructura nacional, aunque adoptó características propias: por un lado, reprodujo en la región las ideologías estatales representadas en los principales partidos políticos (socialistas, comunistas, democristianos y de centro); por otro lado, aletargó la aparición de partidos intrínsecamente regionalistas hasta finales de los años 80 (Tierra Comunera

en 1988, Unión del Pueblo Leonés en 1986, Partido Regionalista del País Leonés en 1980 derivado del Bloque Agrario PREPAL, Unión Leonesa en 1986); y finalmente, aparecen los partidos más tardíos como Unidad Regionalista de Castilla y León en 1993 y Unión del Pueblo Salmantino en 2002. Esta dilatación temporal, imprimió en Castilla y León una estructura participativa en política de singular anquilosamiento; una debilidad en cuanto a la reivindicación de una castellanidad distintiva de gran personalidad, insignia de una futura marca de idiosincrasia diferenciadora respecto a otros territorios peninsulares. Acaso se habían olvidado las señales de identidad castellana que se exhibieron desde mediados del siglo XIX al mismo tiempo que aparecieron en el resto de la Península.

Es, este proceso de búsqueda constante de las identidades autonómicas, el que hace que las instituciones públicas perdieran el monopolio en la creación de mensajes hegemónicos y lenguajes radicalizados defensores de la Democracia. Desde aquí, la narrativa del Pueblo cobró protagonismo en la sociabilidad formal e informal: movimientos vecinales, asociativos, tertulias... todo un clima extremadamente politizado que hacía de España, un espacio especialmente preparado para el cultivo de las identidades nacionalistas y regionalistas. El proceso requirió una gran dosis de flexibilidad e imaginación. Se hicieron necesarios la aplicación de mecanismos de adaptación, realmente innovadores, cargados de justificaciones que permitieran la formación de un cosmos genuinamente castellano y leonés quebrando las justificaciones centralistas en pro de un nuevo esquema identificativo de castellanidad.



Interior del hemiciclo de las Cortes de Castilla y León en Fuensaldaña.

Y es que la Democracia vino a atribuirnos la capacidad de expresarnos y reconocernos como pertenecientes a una tierra, un territorio... y también a ser este sentimiento de identidad regional una expresión del advenimiento de valores libertarios. Véase la arena-discurso de Nalda García a la altura de 1983 en las Cortes de Castilla y León: *«Podemos volver a ser un Pueblo, Pueblo Castellano-Leonés, con sus identidades, con sus mediocridades también —porque también las tenemos—, pero que ese Pueblo puede vivir y puede trabajar en conjunto. Y esa conciencia de Pueblo no se puede lograr si no se despierta algo que es inmediato; y es que los ciudadanos lo primero que ven son a los convecinos de su barrio, de su aldea, pero también de su Comarca en donde trabajan y viven, donde sufren, porque tienen los mismos problemas y esos problemas tienen las mismas soluciones. Por lo tanto, el hecho de despertar la conciencia regional, no es solamente el de decir vamos a despertar ser Castellano-Leonés. [sic] Es que al despertarse Castellano-Leonés, debemos de esforzarnos por despertar ser Berciano, ser Maragato, ser del Valle del Tiétar, ser de la zona de Pinares o ser del Valle del Duero. [...] Mi primer objetivo (y creo que he insistido mucho en él en la parte anterior), es el apoyo a la consolidación de la conciencia regional Castellano-Leonesa. Y en esto cualquier esfuerzo que se haga nunca será baldío; en esto, todos tenemos que trabajar por ello [sic]. Y podemos disentir; les digo más: podremos ser adversarios honestos, duros políticamente, pero en lo que nunca podremos disentir es en el despertar la defensa de nuestro Pueblo y en el despertar la conciencia colectiva de los Castellano-Leoneses»*¹.

A nuestro parecer, una serie de mecanismos permitieron la construcción y difusión de la narrativa nacionalista eficazmente impulsora de «Libertad», enfrentándose de facto a otros proyectos o alternativas políticas totalitarias y extremistas. Estos mecanismos fueron:

1. La detección de vulnerabilidades sociales y políticas del Estado anterior a 1975 contextualizadas en una crisis de confianza en las instituciones franquistas, especialmente asentadas en sentimientos profundos y reflexivos de identidad histórica de castellanidad tornados obsoletos, como son: sensación de



Hemiciclo de las Cortes de Castilla y León en Valladolid.

inmovilismo social, indecisión de iniciativa privada en el tejido industrial, descontento económico por incipiente inflación, dependencia de materias primas del exterior (principalmente, energéticas), etc.

2. La creación de una narrativa de construcción nacional y regional, autonómica. A través de la movilización total de toda la Ciudadanía del Estado Español empeñada en construir un Estado autonómico. Se trataba de elaborar un nuevo Contrato Social, un pacto consensuado, positivo en la construcción de una narrativa nacional y regional utilizando diversos instrumentos y plataformas desde donde justificar el sentimiento de identidad territorial, desde una versión socialmente integradora de toda la Ciudadanía castellano y leonesa.
3. Unos argumentos sistemáticos, ideológicamente profundos que, desde los medios de comunicación social (prensa, radio, televisión), se presentaran lo suficientemente seductores y persuasivos, para una movilización total de la ciudadanía, estimulada por demostraciones de opinión pública, perfectamente elaboradas y estructuradas, para que llegaran a toda la sociedad española y a la castellano y leonesa, principalmente.
4. La elaboración de un pacto político que generara ese nuevo Contrato Social con nuevos instrumentos y herramientas para la implantación de la Democracia constitucional con la participación de gobierno, elites sociales y económicas y sociedad civil tornada «ciudadana». En definitiva, una negociación estratégica auténticamente social que descansaba en la participación del poder de las élites y de los ciudadanos comunes y corrientes, de extracción social inferior, en pro de la consecución de los elementos que definieran al hombre castellano de manera global, sin distinción social: entre ellos, y como instrumento fundamental, el sentimiento cognitivo de pertenencia a un territorio, psicológicamente aceptado como motor principal generador de esa castellanidad.

¹ ARCHIVO DE LAS CORTES GENERALES DE CASTILLA Y LEÓN. *Diario de Sesiones*. DS n. 8/1 del 16-11-1983, pág. 323.



Fue 1983 el año que marcó un antes y un después en la conformación de la identidad de la región. Hasta este momento no se había institucionalizado políticamente los anhelos castellanos. Ahora, en 1983, el recién estrenado Gobierno regional deseó un contacto vivo y fresco con el Pueblo; y así los procuradores en Cortes, pasaron a desempeñar una tarea de transmisión de experiencias y sugerencias que procedían del acervo popular. La voluntad del Pueblo castellano era canalizada hacia el cuerpo legislativo y ejecutivo, y esta identificación y empatía entre ambos, desempeñará un papel muy importante en el desarrollo de los acontecimientos. Un auténtico *feedback* que anticipaba la gobernabilidad del territorio y la implantación definitiva de la autogestión de Castilla y León.

En los primeros momentos, el marco jurídico, el nacimiento o la conformación legislativa del gobierno de la región se mostró como uno de los elementos fundamentales de vertebración de la identidad castellana, y la producción jurídica y legislativa pasó a ser el elemento en torno al cual giraron las negociaciones políticas con el poder central, por un lado; y por otro, el instrumento o medio en el que el Pueblo encontraba reconocida su idiosincrasia identitaria y diferenciadora. No en vano, el articulado estatutario venía a reproducir una redistribución de poder legislativo y ejecutivo entre la Administración Central y la Administración de la Comunidad Autónoma, de forma que la implementación legislativa entre ambas instituciones era el único límite, la única cota que podía tener la ambición castellana. Dicho entendimiento se enmarcaba jurídicamente entre la misma Constitución de 1978 y el Estatuto de Autonomía de 1983 conformándose con una gran cota de éxito político, aunque el traspaso de las competencias no se verá culminado hasta 1992. Por todo ello, fue necesaria la sistematización de una serie de símbolos, de escenografía o atrezzo, que vinieran a reforzar el carácter e idiosincrasia genuinamente regional gracias a sus raíces en las comunidades de villa y tierra medievales, presentadas en las Cortes como una forma de organización «federal» de amalgama de municipios con capacidad propia de organización. En definitiva, una forma genuinamente castellana de ordenación territorial.

A partir de este momento, el principal interrogante o pregunta que nos podemos hacer, es si el desarrollo y aceptación de la castellanidad obedeció a un programa ideológico predeterminado o, si careciendo de él, la espontaneidad de las manifestaciones identitarias de carácter fundamente urbano, resolvieron finalmente la conformación y construcción mental de «Castilla» vertebrándose como Comunidad Autónoma, exitosa de un proceso integrador y definidor de la castellanidad total y global.

Pero ¿Cuáles eran los mecanismos de coordinación y cooperación interpersonal que coadyuvaron en este proceso? Pues bien, éstos habrían de conformarse desde dos fórmulas de actuación o participación en la vida pública.

Una, regulada, institucionalizada, como es la participación electoral en una recién estrenada democracia, la filiación o militancia en partidos y sindicatos, asociaciones... El proceso fue laborioso y de difícil definición temporal —a nuestro parecer—. Otra, el desarrollo de la idiosincrasia particular, y una gran capacidad cognitiva reconocedora del arraigo popular a la tierra castellana, con ayuda de otros instrumentos como la celebración de un día de fiesta regional, la proyección y promoción cultural de manifestaciones artísticas y etnológicas genuinamente castellano y leonesas, el desarrollo de un corpus documental que apoyara la historia común de Castilla y León, la definición de la lengua castellana como principal elemento caracterizador de su castellanidad, además del reconocimiento de un patrimonio histórico. Es decir, la presencia sistemática en nuestras vidas de un pasado común, una historia cronificada que reflejó la narrativa de un hombre castellano y leones y su identidad. Al lado de éstos, también ayudaron a la elaboración de su identidad, otros mecanismos técnicos generadores de riqueza, instrumentos y motor de cambio, como la construcción de nuevas viviendas, infraestructuras, equipamiento urbano, nuevos núcleos de población, etc. que nos abrieron la puerta del Progreso y la implantación de un nuevo modelo de ordenación territorial.

Ahora bien, otra cuestión a plantear es, si los castellano y leoneses desarrollaron un modelo único, genuino y original de voluntad política y la participación ciudadana como paradigma diferenciador respecto a otras comunidades periféricas. Es válido reconocer este carácter diferenciador de la participación ciudadana a través de las partidos políticos, asociaciones, movimientos vecinales, casas de cultura..., como exponentes de las necesidades y demandas de la Ciudadanía. Esta organización asociativa tuvo un alto componente disruptivo en cuanto intervención en manifestaciones, algaradas, pegada de carteles, mítines, huelgas, ... Es así, como influían y movilizaban a la opinión pública creando titulares, actuando con un gran poder de seducción o disuasión al mismo nivel que podrían hacerlo directamente, sin su participación y colaboración, los medios de comunicación social generadores de opinión pública (prensa, radio, televisión...). Se trataba de un movimiento social global en el cual un grupo de ciudadanos se asocian para promover una transformación social y cultural desde distintas estrategias de movilización política.

Tres fueron los componentes sociales de especial intervención motórica en el transcurso de los acontecimientos: primero, prohombres y políticos que llegaron a tener un alto posicionamiento ante el poder central; segundo, la transfiguración a Ciudadanos de los castellanos y leoneses con derechos políticos y jurídicos; y por último, la conformación de una burocracia depositaria de poderes de gestión y custodia institucional.

AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID
C u l t u r a l



Félix Antonio González. Su obra «Paisaje castellano» (1979).

Muchos fueron los próceres, prohombres..., detentadores del poder ejecutivo y moderador que llevaron a la elaboración y reconocimiento de un corpus legislativo propio de ámbito regional. Eran jefes de una hermandad de ciudadanos que vivificaban la gobernabilidad del territorio día a día.

Sin embargo, lo más importante es que, el habitante del territorio castellano y leonés se torna «Ciudadano» en el momento en que entra en vigor la Constitución de 1978 y se pone en marcha la Democracia, asumiendo los presupuestos de Libertad, poniendo especial énfasis en los derechos políticos además de los derechos civiles, económicos, sociales, religiosos... identitarios. Así el castellano se inserta en una «Comunidad Política», pasa a ser un Ciudadano activo que reivindica sus derechos, que en un ejercicio de introspección busca su identidad, sus rasgos definidores, y desde allí conjetura una nueva forma de organización territorial para el Estado español alejada de los presupuestos centralistas anteriores. Además, el ciudadano castellano y leonés comienza a sentir desapego por el sentido elitista de sus representantes y busca otras raíces en clases sociales más sencillas, siendo signo de fuerza política su capacidad de movilización social y callejera en forma de manifestaciones, pegada de carteles, algaradas...

La burocracia regional se convierte en una protagonista dinámica del proceso y así, el surgimiento de una estructura administrativa hace que se desarrollen nuevos mecanismos de deliberación y participación a distintos niveles de decisión. La administración autonómica trata de desarrollar una nueva organización y jerarquización territorial dentro de Castilla y León: primero, estableciendo una nueva jerarquización municipal, a partir de la identidad de las localidades, haciendo especial incapie en la consolidación de las comarcas y las mancomunidades, y generando por parte de ellas, un mayor interés en la vigilancia de las acciones de gobierno local. La dotación de un aparato burocratizado nos indica un estadio muy evolucionado de nuestra identidad, e indica

una administración y distribución de los recursos económicos bajo criterios defensores de equidad y equilibrio territorial. Pronto, a la altura de 1983, se toma ya conciencia de la importancia de la ordenación territorial de la región y de una ansiada proporción y simetría en el reparto de recursos económicos. Así, en las Cortes, se plantea un «estudio en los espacios territoriales comarcales, subcomarcales, núcleos de cabecera y núcleos subcomarcales, definiendo la relación y comunicaciones entre esos núcleos, cómo dependen y cómo se interrelacionan los Municipios de ese territorio con esos núcleos». La jerarquización espacial resultaba un problema relevante en cuanto podría crear condiciones de periferyzación económica y social. Es en este momento, cuando la estructuración territorial define a las Mancomunidades como un instrumento de intervención territorial de gran potencialidad transformadora y cambiante. La creación de una burocracia regional para una organización más racional y segura, con tareas de supervisión jerárquica y con detalladas reglas y regulaciones legales, fue iniciativa de interés público. A tal fin, se planteaba en las Cortes de Castilla y León, a la altura de 1983, la creación por Ley del organismo autónomo denominado Instituto de Administración Local de Castilla y León como «lugar de encuentro, de debate, de estudio, de profundización, pero al mismo tiempo de formación...». Vendría a ser un organismo de formación funcional común para Diputaciones, Ayuntamientos, Comarcas y gobierno regional. Es más, se planteó su necesidad dos años antes de ser reconocida su existencia por ley estatal.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que la conformación de Castilla como Comunidad Autónoma parte de la unión de provincias y de sus poblaciones desde un autonomismo sinalgmático y multilateral de raíz y voluntad casi revolucionaria, es decir, partimos del reconocimiento de provincialismos y localismos identitarios y a partir de ellos, en un ejercicio de amalgamamiento, se construye la castellanidad como algo nuevo. Se conformó como una suma y resta de provincias: restamos Santander y La Rioja; y sumamos Segovia y territorio leonés (León, Zamora y Salamanca). La peculiaridad del protagonismo de las Diputaciones provinciales y de la identificación del ciudadano castellano como individuo políticamente activo y jurídicamente reconocido, hace de la transformación de Castilla la Vieja en Castilla y León, un proceso reconocidamente peculiar con unos particularismos intrínsecos definitorios de una vía única y peculiar de evolución de un territorio aglutinador de las anhelos centralizadores anteriores, que se torna y transfigura en un territorio definidor y delimitador de los sentimientos de identidad de circunscripción regional. Se trató, en definitiva, de un mecanismo agregatorio de municipalidades y provincias, donde Santander y La Rioja buscaron su identidad desde presupuestos unicitarios y segregacionistas.



Una nueva jerarquización y una desigual intervención en las áreas metropolitanas o capitales de provincia, y la aparición de entidades de menor tamaño territorial como comarcas, mancomunidades o municipios rurales, enriqueció la complejidad de la organización territorial. El mapa de la identidad castellana se hace más difícil con la intermunicipalidad planteando un problema en cuanto, a la conservación y la definición de la «Comarca». Al fin y al cabo, la formación y el reconocimiento de un territorio circundante próximo, accesible, inminente... otorga a la Comarca la capacidad identitaria suficientemente, creadora de conciencia cognitiva positiva e innegable. Se trata, en definitiva, de resolver localmente el problema de la homogeneidad territorial, aplicando objetivamente el dogma de la «máxima proximidad», y provocando así una estigmatización de territorios más extensos.

La actividad parlamentaria en las recién estrenadas Cortes de Castilla y León fue decididamente introspectiva. Provincias, localidades y mancomunidades constituyeron la preocupación política más importante. La cuestión económica centralizaba la actividad parlamentaria y a la altura de 1977, el saneamiento de las haciendas locales y la necesidad de realizar auditorías, control o limitación del gasto municipal resultaba una de las mayores preocupaciones y así se recogía en el Diario de Cortes ya *«no podemos estar financiando déficits»*, y *«hay que tener una serie de controles rigurosos»* sobre el gasto local —decían en el Diario de Sesiones de las Cortes Generales de Castilla y León—. En 1983 se planteó la articulación del territorio, la jerarquización de éste, sobre nuevas bases de concurrencia, y se presentaba como el problema más importante. No en vano la prestación de servicios a los ciudadanos se conformó como uno de los factores fundamentales para justificar la aparición de la Mancomunidad. Así decían: *«una de las vías, por la que muchos de esos problemas puedan solucionarse, sera la vía de la creación de Mancomunidades, aunque solo sea a los efectos de tasas de impuestos de servicios [...] vamos a ir creando entidades superiores, de rango superior, que agrupen a un número de ciudadanos suficiente para que, a través de ese aporte [...] podamos montar los servicios necesarios para que todos tengan [sic] calidad de vida»*. La Mancomunidad queda perfectamente definida por José Constantino Nalda García: *«una Mancomunidad es la agrupación voluntaria de Municipios para la prestación de servicios en común [...]: Protección Civil, Policías locales, Servicios de Limpieza, Servicios de basura, lo que sea, incluso, servicios urbanísticos. [...] Es decir, que esto está abierto a cualquier tipo de servicio, de función, o incluso también de agrupación colectiva»*.

En el proceso de estructuración espacial las Mancomunidades no coincidían territorialmente con las Comarcas. Los espacios comarcales eran reconocidos como áreas de influencia socioeconómica de un núcleo denominado cabecera sobre un territorio de

actuación integral de la administración pública. Pero, el reconocimiento de estas comarcas planteaba una serie de problemas. De hecho, al menos 10 comarcas, traspasaban las fronteras provinciales, perteneciendo a dos o más provincias, o lo que es lo mismo, pertenecían a un ámbito administrativo distinto en cuanto a intervención de las Diputaciones, lo cual hacía imposible el reconocimiento de esta vía de gestión administrativa, como una forma flexible, sencilla y barata de gestionar. Por su parte, el Gobierno de Castilla y León también reconoce la importancia y necesidad de una *ley de Coordinación de Funciones con las Diputaciones Provinciales, como desarrollo del párrafo cuatro del artículo 20 de su Estatuto*, pero esta ley nunca se lleva a efecto, se conforma como un proyecto de ley, o una ley non nata, que da paso al articulado definitorio del Estatuto de 1983.

Finalmente, advertir que la vertebración del territorio adoleció de una serie de planteamientos en Cortes. Justo es recordar: la peculiar integración de alguna de las comarcas como la Bureba, la Sierra, las Merindades, la Ribera del Duero y, otro tipo de comarcas, como el Condado de Treviño señaladas en Cortes por el diputado Granado Martínez; la creación de una policía autonómica; la especial protección y asistencia al agricultor castellano y leones; la articulación urbanística de nuestras ciudades; la designación de sede y capitalidad de la región; la creación de una red de transportes y un Plan Regional de transportes que articulara el territorio; la creación de un modelo sanitario propio de un sistema industrial avanzado proyector del Estado del Bienestar; la creación de un sistema de sociedades de garantía recíproca que asegurara la supervivencia de las empresas castellanas con la participación del «gobierno de la región»; la creación de una Sociedad de Gestión Urbanística de ámbito regional; la conservación y restauración del Patrimonio Cultural; examen, investigación y exposición del folklore y cultura tradicional; la creación de las Comunidades de Villa y Tierra; el fomento de la cooperación interasociativa; el crecimiento de subsectores productivos como elemento de desarrollo regional; la participación en los Fondos de Compensación Interregional como mecanismo de inversiones públicas y la corrección de desequilibrios económicos espaciales; la descentralización de las competencias de la Comunidad según el artículo 20.2 del Estatuto y los procesos de transferencia y finalmente, la participación de la región en la Comunidad Económica Europea a partir de 1987.

A la altura de 1983, el «techo competencial» y las transferencias empiezan a ser un nuevo concepto de uso frecuente en las Cortes de Castilla y León. El juego de su reparto, comienza a ser advertido como un elemento de enfrentamiento y desequilibrio en el Estado Autonómico que pudo poner en peligro a la misma

*Círculo
de Recreo*



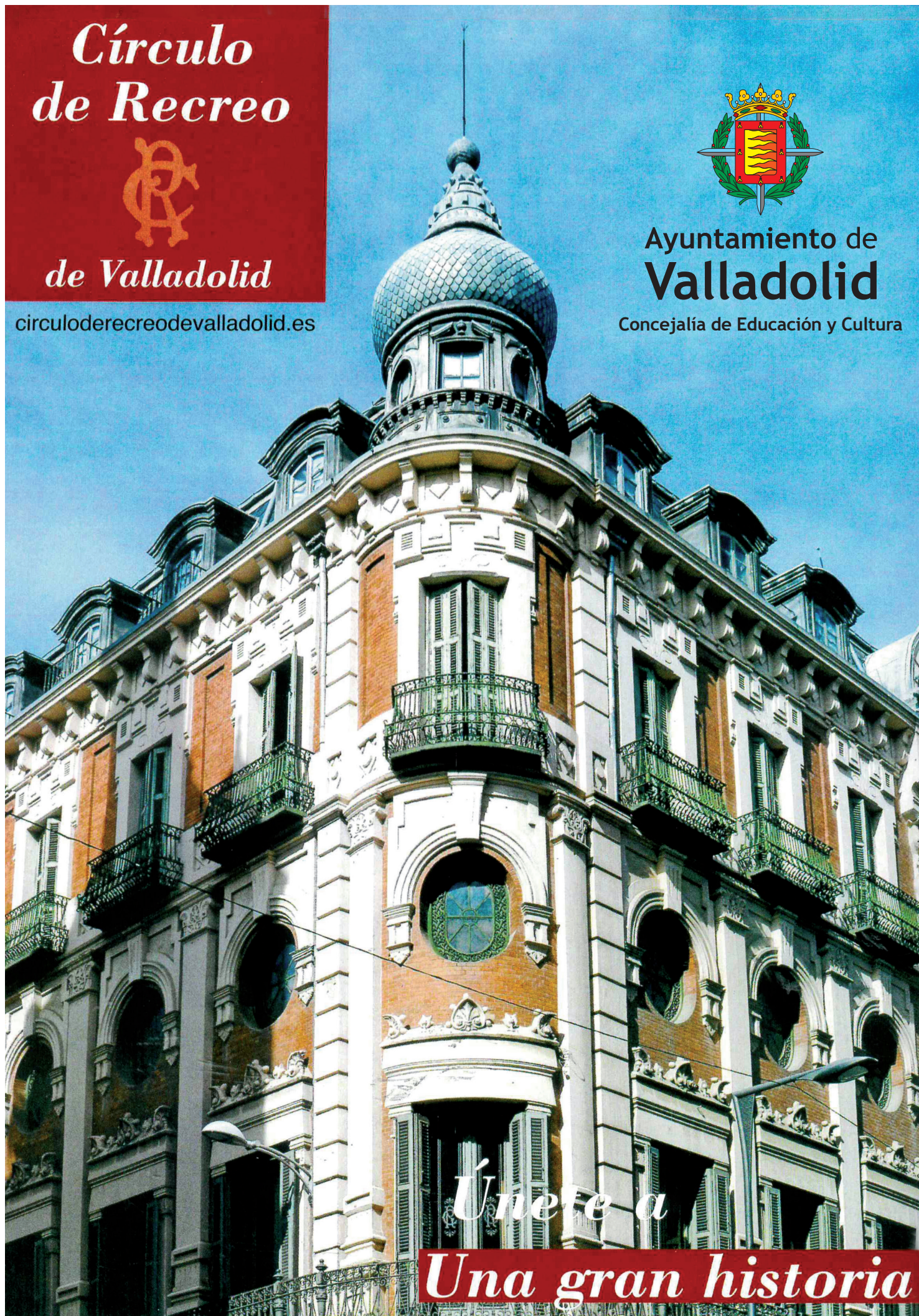
de Valladolid

circuloderecreodevalladolid.es



Ayuntamiento de
Valladolid

Concejalía de Educación y Cultura



Únete a

Una gran historia

GUTIÉRREZ...

HA SACADO USTED UN CUATRO
EN EL ÚLTIMO EJERCICIO.

DÍGALE A SU IA
QUE VENGA A VERME.

